

HISTORIA DEL LUJO.

PRIMERA PARTE.

EL LUJO PRIMITIVO.



CAPÍTULO PRIMERO.

PRELIMINARES.

«Principiamos la historia del lujo señalando las formas más elementales que desde luego tomó.

«Las observaciones sobre las edades primitivas de la humanidad, continuadas con tanta pasión en nuestros días, parecen destinadas á ejercer una seria influencia en los estudios morales y la filosofía histórica: podemos, pues, aprovecharnos de esas observaciones para la materia que nos proponemos tratar. Más de una idea acreditada se encuentra hoy desautorizada, pero sólo podríamos quejarnos de ello caso que esas ideas fueran de aquellas que interesan el honor de la naturaleza humana.

«¡Cuántas veces no se ha presentado al género humano como marchando paso á paso de lo necesario á lo útil y de lo útil á lo supérfluo!

«Ahora bien los hechos primitivos desmienten esta doble aserción.

«BAUDRILLART.—*Histoire du luxe*.—Cap. I.—Tomo I.

MEDIO siglo atrás, ni siquiera era conocida la palabra *prehistoria*. ¿Qué entendemos señalar por ella?

Resumir las largas discusiones que en periódicos, revistas y congresos nacionales é internacionales se han tenido acerca del período de la vida humana al cual puede aplicarse con rigor el nombre de prehistórico, sería tan curioso como enojoso, porque es de ver la repugnancia que siente el hombre en cambiar de postura, aun cuando sea por volver de nuevo á la que antes tenía y en la que pasó buen número de siglos con toda comodidad.

En efecto, durante miles de años, y como si la tradición se hubiese conservado, lo mismo en Europa, que en Asia y Africa, se creía que el hombre en sus primitivos tiempos había vivido la vida que hoy viven los salvajes modernos, la vida que vivían los salvajes de su tiempo, pues para los pueblos que no han podido progresar el tiempo ha transcurrido en vano. Hoy hay pueblos que llevan la misma vida que sus antepasados de 20,000 años atrás.

Tan general era esta creencia, que lo mismo la sostenían filósofos tan idealistas como Platón, como filósofos tan positivistas como Aristóteles; poetas tan conservadores y mesurados como Eurípides, como poetas tan atrevidos y sabios como Lucrecio. Esto mismo se creía en la patria de la raza que luego impuso otra creencia diametralmente opuesta, creencia que ha dominado en absoluto por más de 1,300 años á los pueblos más ilustrados de la tierra, y que aún hoy domina á los millones de perezosos que no se resignan, como dejamos dicho, á cambiar de postura.

Importa, pues, sobre manera este extremo, para que quede bien sentado que la idea semítica de los orígenes de la civilización humana fué empréstada á otras escuelas y á otros principios, de los que Beroso nos ha conservado memoria, y esto no tiene nada de extraño.

La idea semítica nace, toma cuerpo y se desarrolla dentro del santuario egipcio, cuando ya el Egipto era relativamente un pueblo viejo, pues llevaba por lo menos cuatro ó cinco mil años que había salido de la edad prehistórica, sin que esto quiera decir que no conservó una reminiscencia de los tiempos antiquísimos de la patria original; pero, como sucede para los hombres que á medida que se van haciendo viejos los recuerdos de la primera infancia se presentan más claros á su memoria, lo que los viejos y expatriados semitas recordaban en Egipto era lo más primitivo de sus primeras creencias, lo más infantil, por decirlo así, la parte fantástica y poética de las creencias de los pueblos del delta del Eufrates.

Por lo contrario, los pueblos caldaicos cuyos orígenes históricos se confunden con los de todas las ciencias en Asia menor, lejos de olvidar lo que podía tener un carácter tradicional, lo que recordaban, la multitud de gentes salvajes que rodeaban los primeros centros de cultura humana, lo inscribieron al frente de sus libros sagrados, y lo mantuvieron cuando, puestos ya en relación con pueblos más ilustrados que ellos, la simple, pero sana reflexión les enseñaba que no era posible que estos pueblos no hubiesen pasado por un estado análogo al suyo antes de hacerse á ellos tan superiores.

Dominando hoy todavía la idea semítica el dogma de los pueblos cristianos, nada tiene de extraño que se haya trabajado para una conciliación entre lo que la fé *enseña* y lo que *muestra* la ciencia. Ni tampoco debe sorprendernos que unos abominen de esta conciliación en nombre de la ortodoxia, ni otros en nombre de la verdad de los hechos. Para los hombres de sano criterio y de recto juicio, sólo una cuestión de fe perturba el campo científico, y esta cuestión es la vida edénica. Hagamos, pues, nosotros lo que hacen éstos; dejemos esta cuestión á la teología, y vengamos á los hechos, á los mismos hechos que claramente explican los libros donde se encuentra esta relación de la vida paradisiaca; dejemos los tiempos en que el hombre se encontraba cara á cara con Dios, y vengamos á los tiempos en que el hombre no ve en todos lados otra cara humana que la suya.

Escribiendo en España, y para los hispano-americanos, por desgracia no muy al corriente del progreso científico de nuestros tiempos, se podría cuando menos hallar esta nuestra vuelta de espaldas un tanto irreverente, y de esto nos conviene desde luego protestar, no diciendo con Lucrecio que nos interesamos profundamente por todo lo humano, y que nada que al hombre haga referencia puede sernos indiferente, y que por tanto nos está vedado hacer befa y escarnio de la infancia humana, pues esto equivaldría escupir al cielo, ya que sobre nuestra propia infancia caería nuestra arrogancia y soberbia, sino probando con buenas razones y elocuentes pruebas que para nada necesitamos de aquel punto de partida, ya que en el paraíso el lujo no principió sino el mismo día en que se acabó la vida edénica,

y nosotros, como es sabido, debemos escribir pura y simplemente la historia del desarrollo de la hoja de parra, verdadero símbolo del lujo.

Más aún, no es sólo la materia de nuestra Historia lo que á ello nos obliga, sino el rigor de los hechos. ¿Qué autoridad ni qué medios tenemos para escribir la historia de lo que pasó cuando el cielo estaba en la Tierra? Nosotros ni siquiera podemos imaginarnos lo que podía ser la vida de nuestros primeros antecesores en el Edén: nuestro limitado ingenio tiene necesidad de tomar para punto de partida un Robinsón casado.

Ahora bien, como *la Biblia* no dijo que Adam y Eva sacaran del paraíso otra cosa más que los anatemas divinos, la vida entera humana es tarea del historiador profano, ya que es privativo de éste saber, averiguar y publicar cuanto en la tierra existe y ha existido desde que rueda por el espacio al rededor del astro que la mantiene encadenada con los dorados eslabones de sus rayos, como muy acertadamente *vió* el poeta *ciego* del *Paraíso perdido*.

Dentro del terreno puramente humano no existen, por una razón muy obvia, rozamientos posibles entre la *Biblia* y la ciencia, porque los autores de sus libros se limitaron á darnos un cuadro fidelísimo de las primitivas sociedades asiáticas, tal cual aún hoy aparecen vivas en el interior de Africa ó de América, ó en las islas de la Oceanía.

Escapatoria podría parecer lo que aquí decimos, si no tuviéramos hecha la firme resolución, que ya dejamos indicada, de justificar con testimonios irrecusables nuestra resolución. Nosotros, pues, no rehuimos la discusión, ni de la *antigüedad del hombre*, ni la del *estado miserable de la humanidad primitiva*, ni la del *Diluvio*; lo único que queremos es poder discutir las en el terreno de la ciencia pura, en un terreno libre de toda clase de preocupaciones á fin de no dar pretexto á los hipócritas para escandalizarse. Por esto, y porque toda discusión ó disentiimiento con los inspirados textos judaicos podría ya parecerlo á los timoratos, por ignorar hasta qué punto se da hoy latitud á la exégesis bíblica, creemos conveniente suprimir nuestra intervención directa, y necesario acudir á la de un hombre cuya autoridad es notoria, y cuya doctrina puso á los pies de la Iglesia para que la condenara ó aprobara, sin que ésta en los años que van transcurridos hiciera la menor objeción, ni tildara lo más mínimo.

Aludimos al malogrado Lenormant, al sabio asiriólogo, cuya profesión de fe, tan breve como precisa, borraré todo escrúpulo, y dará confianza á los que quieran ir, en la investigación de las graves cuestiones que hemos apuntado, más allá de lo que en esta obra nos es permitido. Y como nada hay que desacredite tanto un trabajo serio como las reservas y los respetos fingidos, hemos de declarar que en otra obra nuestra, hemos examinado con toda latitud y escrupulosidad estas y otras cuestiones no menos arduas é interesantes para el progresivo perfeccionamiento humano.

Lenormant escribió lo siguiente, en el prefacio de la obra que va á darnos escrito lo que á nuestro *fin hace*, sobre las tres cuestiones antes citadas.

«Soy cristiano y lo proclamo en alta voz. Pero mi fe no se asusta por ninguno de los descubrimientos de la crítica cuando son verdaderos. Hijo sumiso de la Iglesia en todas las cosas necesarias, por esto reivindico con mayor ardor los derechos de la libertad científica. Y por lo mismo que soy cristiano, me considero como poseyendo mejor el sentido y el espíritu de la ciencia que aquellos que han tenido la desgracia de perder la fe» (1).

(1) LENORMANT.—*Histoire ancienne de l'Orient*.—París 1881.—9.ª edición, pág. xi, tomo 1.

Antigüedad del Hombre.—«No hay para que negar que los hechos hasta hoy día adquiridos y ciertos prueban una antigüedad del hombre en la tierra mucho mayor de la que por mucho tiempo se había creído poder atribuirle gracias á una interpretación inexacta y sobrado estrecha de la narración bíblica. Pero si la interpretación histórica, siempre susceptible de modificación, y acerca de la cual la Iglesia no se pronuncia doctrinalmente, no debe mantenerse tal cual generalmente antes se admitía, ¿se sigue de esto que la autoridad de la relación quede por ello desautorizada? ¿Contradicese por ventura en algún punto? En modo alguno: la *Biblia* no señala fecha fija para la creación del hombre.

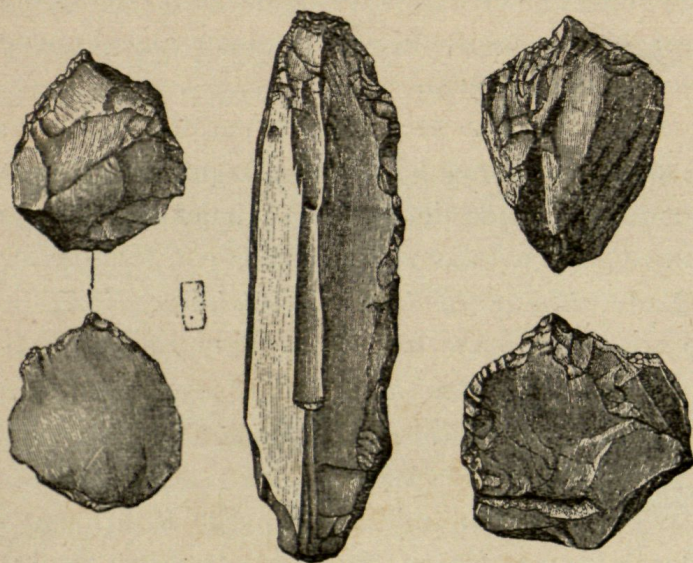


Fig. 1.—Primeros productos del trabajo.—Armas del hombre terciario ó de los Dryopithecus.

«Uno de los más grandes eruditos de nuestro siglo en estudios orientales, y que á la vez era un gran cristiano, Silvestre de Sacy, tenía por costumbre decir: «No hay cronología bíblica.»—El sabio y venerable eclesiástico que aun no hace mucho era el oráculo de la exégesis sagrada

en nuestro país, el abate Le Hir, decía también: «La cronología bíblica flota indecisa: es á las ciencias humanas á las que toca encontrar la fecha de la creación de nuestra especie.» En efecto, los cálculos que se han ensayado conforme á la *Biblia* descansan únicamente en la genealogía de los patriarcas desde Adam á Abraham, y en las indicaciones relativas á la duración de la vida de cada uno de ellos. Desde luego, pues, falta en absoluto el primer

elemento de una cronología real y científica: no se tiene elemento alguno para determinar la medida del tiempo por medio de la cual se pueda contar la vida de los patriarcas, y nada en el mundo es más vago que la palabra año, cuando no se tiene una explicación precisa.

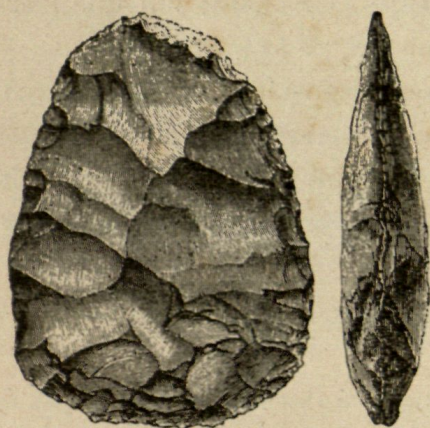


Fig. 2.—Edad prehistórica.—Periodo paleolítico.—1.ª forma de los instrumentos de esta edad.

«Por otra parte, entre las diferentes versiones de la *Biblia*, entre el texto hebreo y el de los Setenta, cuya autoridad es igual, hay, en las generaciones entre Adam y Noé, y también entre Noé y Abraham, y en el número de años de vida, diferencias tales, que los intérpretes han podido llegar á cálculos que se diferencian unos de otros en dos mil años, según sea la versión que prefieran tomar por guía. En el texto, tal como ha llegado hasta nosotros, las

cifras no tienen carácter alguno de certitud: sufrieron alteraciones que las han hecho discordantes, y cuya extensión, por otra parte, no se puede apreciar, alteraciones que, por lo demás, en nada deben turbar la conciencia del cristiano, pues no se puede confundir la copia más ó menos exacta de una cifra con la inspiración divina que dictó la Santa Escritura para ilustrar al hombre sobre su origen, su vía, sus deberes y su fin. Y hasta fuera de la falta de certitud en la lección primera de las cifras dadas por la *Biblia* respecto de la exis-

tencia de cada uno de los patriarcas antediluvianos y postdiluvianos, la genealogía de esos patriarcas no puede, cierto, considerarse, por una buena crítica, como presentando otro carácter que las genealogías por lo ordinario conservadas en la memoria de los pueblos semíticos, las genealogías árabes, por ejemplo, que se consagran á establecer la filiación directa por medio de sus más sobresalientes personajes, omitiendo cuantos grados intermedios sean para ello necesarios.

»Por estas razones decisivas resulta que no hay en realidad cronología bíblica; por lo tanto no hay contradicción entre esta cronología y los descubrimientos de la ciencia. Por elevada que sea la fecha á que un día haga remontar la existencia de la especie humana, el estudio del hombre fósil,—lo mismo que los monumentos egipcios, imposibles hoy de encerrar dentro de la cifra de cuatro mil años antes generalmente aceptada,—la narración de los libros santos no se verá por ella ni desautorizada ni contradecida, por cuanto no asigna época positiva para la creación del hombre. La única cosa que la *Biblia* dice de una manera formal es que el hombre, comparativamente, es reciente en la tierra, y esto los descubrimientos de la ciencia, en vez de desmentirlo, lo confirman de la manera más cabal. Cualquiera que sea el lapso del tiempo transcurrido desde la formación de la capas pliocenas hasta nuestros días, esta duración es muy corta al lado de los inmensos períodos que la preceden en la formación de la corteza terrestre. La escala de los depósitos geológicos no cuenta, en efecto, desde entonces más que tres grupos de terrenos, mientras que para los tiempos anteriores nos presenta hasta treinta grandes grupos de terrenos fosilíferos de los cuales, cada uno de ellos necesita millares de siglos para formarse, y esto sin contar las rocas primitivas ígneas, que antes se constituyeron y sirvieron de base á los terrenos de sedimento.

«Empero, si reconocemos que la fe no pone traba alguna á la más amplia libertad de la ciencia acerca de la antigüedad del hombre, añadamos que la ciencia, aun cuando aumenta de mucho esta antigüedad, no se encuentra en estado, en el estado actual de los conocimientos, de señalarla por medio de cifras. No poseemos cronómetro alguno para determinar, aun de una manera aproximada, la duración de los siglos y los millares de años que han transcurrido desde los

primeros hombres cuyos vestigios se encuentran en los terrenos terciarios. En efecto, estamos en presencia de fenómenos de hundimientos y de levantamientos, de los cuales nada nos deja ni siquiera sospechar la lentitud ó celeridad de su movimiento; pues de un lado conocemos fenómenos de esa clase que se han cumplido de una manera brusca, y otros que se han efectuado de una manera tan gradual é insensible, que el cambio no sube á un metro en varios siglos. En cuanto á los depósitos de sedimentos en formación ha podido igualmente precipitarse ó paralizarse por las más diversas causas, sin que, sin embar-



Fig. 3.—Edad prehistórica.—Periodo paleolítico.—2.ª forma.

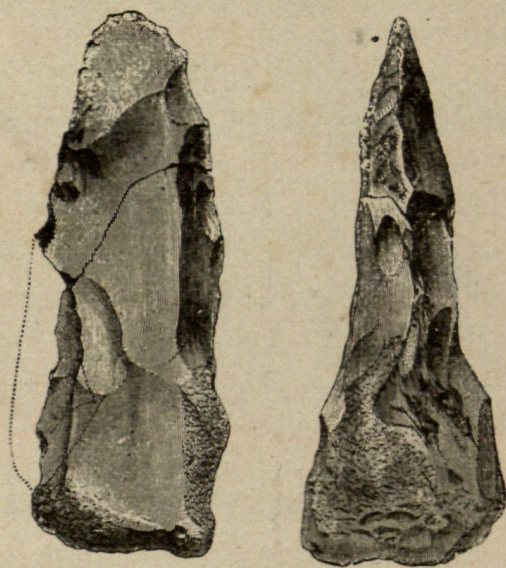


Fig. 4.—Edad prehistórica.—Periodo paleolítico.—3.ª forma.

go, podamos apreciarlas. Nada, en el estado actual del mundo, es más variable por naturaleza, gracias á una multitud de influencias exteriores, que la rapidez mayor ó menor de los aluviones fluviales, que constituyen los depósitos de la época cuaternaria. Y, además, los hechos de esta época ó de los tiempos anteriores no podrían medirse con la misma escala que los de la época actual, pues sus causas tenían entonces proporciones que hoy no tienen. Así pues, los cálculos basados sobre el progreso de un aluvión que siempre supone una marcha igual y regular, ó siguiendo otros datos no menos inciertos, que sabios de una imaginación sobrado viva han intentado para establecer el tiempo transcurrido entre el sepelio de los más antiguos vestigios del hombre fósil y nuestra época, no son en realidad más que hipótesis sin base, caprichosas fantasías. La fecha de la aparición de la especie humana, según la geología, es aun desconocida, y todavía lo será por mucho tiempo.»

Cierto: la geología no posee el cronómetro que mida con la escrupulosidad de un cronómetro marítimo ó astronómico el tiempo transcurrido desde los primeros vestigios que del hombre aparecen en los depósitos terciarios que Lenormant aceptaba como auténticos sin discutirlos, lo que en verdad está aun sujeto á discusión, hasta la aparición de la más antigua sociedad histórica. Pero Lenormant, diciendo «que todavía por mucho tiempo» se desconocerá este cronómetro, parece decir que en su día existirá este cronómetro, concesión hecha á los progresos de la ciencia que no podemos admitir, pues el más moderno cronómetro adoptado, el del movimiento de avance de los hielos de las montañas, que parecen pronosticar para una edad remota, ciertamente, un nuevo período glacial, están sujetos á la misma crítica que hace respecto de los depósitos fluviales, esto es, que se supone que ello hubo de marchar como marchan hoy los heleros de los Alpes, y que esto no está probado.

La ciencia, la geología, no sueña siquiera con indicar ni el día, ni el año, ni el siglo, ni el milenario en que apareció el hombre en la tierra. La ciencia ni aun siquiera está convencida de que supiera reconocer su calavera si apareciera allá en los terrenos secundarios. Pero ¿por qué no hemos de tomar como punto de partida provisional el término medio que señala la ciencia basándose en datos de observación modernos ciertamente, pero respecto de los cuales, si no se puede probar que siempre haya sido así, tampoco se puede probar que haya sido de otra manera contraria? Geikie, apoyándose en Crall, pone al hombre en la tierra allá por los años 240,000 antes de nuestra era. Á Vivián le parecen pocos, y eleva su aparición á los 364,000 fundándose en la formación de las estalagmitas de una caverna de Kent, debajo de las cuales se han encontrado pruebas manifiestas de la existencia del hombre mezcladas con restos de una fauna antiquísima: y el profesor Fuhlroot sólo descuenta el pico para el cráneo de Neanderthal. En fin, el doctor Hunt, presidente de la Sociedad Antropológica de Londres, no pasa por menos de un millón de años. Cuando naturalistas tan eminentes no vacilan en señalar para el hombre antigüedad tan remota, los 200,000 años de Lyell no pueden parecer exagerados, máxime cuando no hay quien no confiese y reconozca la extraordinaria prudencia del gran geólogo inglés en estas materias, y lo poco simpáticas que le eran todas las cuestiones relativas á los orígenes humanos, y la excesiva repugnancia que demostró por los inmortales descubrimientos de Boucher de Perthes.

Pero hemos visto como Lenormant aceptaba sin discusión la existencia del hombre durante el período terciario, y hemos dicho que sobre este punto aun hay ciertas reservas que hacer: pero nosotros no tenemos porque ser tan prudentes como los geólogos y antropólogos del

Congreso internacional de arqueología prehistórica de Lisboa de 1880, y pues Lenormant admite como verdaderos los vestigios señalados antes que por otro alguno, nótese bien, por el abate Bourgeois, bien podemos adoptarlos nosotros, y precisamente defender la grandiosa anti-güedad del hombre, con lo que dice un escritor especialista no menos buen católico y cristiano que Lenormant, y cuyo nombre goza —por desgracia— de cierto renombre entre nosotros, no por sus obras científicas, que esto lo aplaudiríamos, sino por el apoyo que en él hallaron como prefecto de Bayona los autores de la segunda guerra civil carlista.

El Marqués de Nadaillac nos presenta el siguiente cuadro de lo que era la tierra en el período terciario.

«Los mares, dice, estaban sembrados de islas bajas y de costas accidentadas; la tierra presentaba una serie de monótonas mesetas; los valles, que de una manera tan hermosa varían nuestras regiones, no existían aun, ó eran meros pantanos de escaso fondo. En parte alguna se veían esas márgenes escarpadas que busca el ojo del navegante, y el Océano no tenía orillas. Como los ríos carecían de rápidas corrientes, formaban pantanos de pútridas aguas que servían de refugio á verdaderos monstruos, que eran los únicos seres que animaban tales soledades. Nuestros ríos más considerables no son más que riachuelos, comparados con los de aquellos tiempos cuya descripción intentamos, pues sólo poco á poco han escavado su lecho en las deyecciones del río terciario. Sobre esto no puede cabernos duda, pues los ribazos de los mismos nos muestran de un extremo al otro las mismas capas horizontales de arena, arcilla y cantos rodados. Así pues, es fácil reconstituir los antiguos ríos y reconocer que en otros tiempos llenaban el entero valle por el que hoy arrastran el escaso volumen de sus aguas. El Sena, por ejemplo, tenía en París treinta kilómetros de ancho, y se ha calculado que el tiro de agua de tal río había de ser ochenta y cuatro veces mayor que el de hoy. El Yonne, que es hoy un mezquino río, arrastró en otros tiempos con sus aguas peñascos enormes arrancados á las



Edad paleolítica.—Arpon.



Fig. 5.—Edad paleolítica.—Alfiler.



Fig. 6.—Edad paleolítica.—Forma magdeleliana.

alturas de Morván. La Crau de Provenza formaba la desembocadura del Ródano, y los cantos de cuarzo rodado alpinos dan prueba de la fuerza de sus antiguas aguas. Fácil sería multiplicar esos ejemplos para todos los ríos, y aun para sus afluyentes menos importantes; y que dicho se está, presentaban igual aspecto. Ese carácter de llanuras pantanosas, sin cursos de agua encajonados, fué, según dice Hebert, propio de los largos períodos geológicos que duraron hasta últimos de la época terciaria. Para formarnos una idea, dice, de lo que entonces era Europa, es necesario leer la descripción que de la Africa Central da el viajero inglés Livingstone, y figurarse un estado semejante en nuestro país; el mismo relieve general, el mismo suelo fangoso, insalubre, impropio para la civilización, y los mismos animales pululando bajo las mismas condiciones.

»Al principiar el período terciario, las tierras del continente europeo son invadidas por formas vegetales cuya afinidad con las de Africa y de la Asia austral é islas de los mares indostánicos es notoria. Indican una temperatura notablemente más elevada que nuestra temperatura actual, y un clima sometido á alternativas muy pronunciadas de estaciones calurosas, y de estaciones lluviosas, y de inviernos casi nulos. Es de ese clima del que pudo decir el poeta latino :

..... *Ver illud erat, ver magnus agebat*
orbis.....

»Coincide la invasión del mar mioceno con una depresión bastante notable de la temperatura; la flora, sin embargo, prueba que esta temperatura es todavía bastante igual, clemente durante el invierno, lluviosa durante el verano. A Oeningen, cerca de Schaffhausen, donde Heer ha podido reconstituir toda la flora miocena, los salces, plátanos y el alcanforero, florecían desde el mes de Marzo. El clima de la Europa central por esta época podía, pues, asimilarse al clima actual de Madera y del Sud de España, ó bien también al de Georgia y de la Sicilia. El enfriamiento, que vemos principiar desde últimos del período eoceno, continúa durante el mioceno, y ya no se para durante los tiempos terciarios. Pronuncióse desde luego en las regiones árticas, desde donde fué extendiéndose gradualmente hacia el Sud. Los fenómenos climatéricos están íntimamente unidos á los fenómenos físicos, y el clima, naturalmente, fué afectado por el relieve del suelo y la diferente distribución de las tierras y de los mares. Pero sería un error creer que la temperatura bajó únicamente bajo la influencia, ora de la invasión, ora del retroceso del mar, ya bajo la de la aparición de las altas montañas cubiertas sin duda de nieve á poco de su levantamiento, ó por la extensión cada día mayor de los hielos del polo. Un fenómeno general, que no presenta nada de brusco, de accidental ó de pasajero, no puede desprenderse de una acción localizada, cualquiera que sea la energía que pueda suponerse á esta acción. M. de Saporta ve, con razón, en el enfriamiento un fenómeno cósmico que abraza el mundo entero. Conócense bien las consecuencias de este fenómeno; pero la causa primera es difícil de concebir, de comprender los principios de los que se desprenden dichas consecuencias. La teoría de las causas primeras se impone, pero no puede discutirse.

»Oswaldo Heer, en sus investigaciones acerca de la vegetación terciaria, estima que la temperatura media del eoceno era de 13 grados, la del mioceno de 9 á 7 grados, la del plioceno en fin de 3 grados mayor que nuestra temperatura media. M. de Saporta, colocándose en otro punto de vista, cree que la temperatura del mioceno equivalía á una diferencia de latitud de 25 á 30 grados; de modo que el clima de Groenlandia, situado bajo el 7.º paralelo,

debía corresponder al clima actual de las regiones situadas entre los grados 45 y 40, es decir, por ejemplo, al clima del Sud de Francia.

»Bajo esas condiciones la vida, radiaba libremente hasta el polo. Los lignitos de Islandia están formados por tulíperos, plátanos y nogales; hasta aparece en ellos la vid y el ciprés. En los gres ferruginosos que acompañan la hulla de Spitzberg, se han reconocido hayas, álamos, alisos, nogales, magnolias, ciruelos, y numerosas coníferas. La masa de hojas amontonadas en el yacimiento de Atanekerdluk, en la costa occidental de Groenlandia, es en verdad sorprendente. Troncos todavía en su sitio, y á su alrededor frutos, flores, é insectos, demuestran que se trata en rigor de una vegetación desarrollada en aquellos mismos sitios.

»El capitán Mac Clure y el doctor Armstrong cuentan maravillados los montones de madera petrificada que encontraron en la costa Noroeste de la tierra de Banks, á 70° 48' de latitud norte, y el capitán Nases las capas de carbón, cuyas investigaciones geológicas han probado su existencia hasta el grado 81. El capitán Feilden en fin, ha traído de la tierra de Grinnell, situada al norte del estrecho de Smith, hacia el paralelo 82, 25 especies vegetales del período terciario, entre las cuales Oswald Heer ha podido determinar nuestro pino plateado, el ciprés calvo de América, y varios dicotyledones de hojas caducas, indicio de una estación ya pronunciada. Estos son los límites extremos á donde pudieron llegar esos *pionners* de la ciencia. Más allá el hielo presenta una barrera que nadie hasta hoy ha podido franquear. Mac Clure la encontró cerca de la tierra de Banks, Collinson y Mac Clintock al norte de la isla del Príncipe Patrick, Parry y Sherard Osborne á orillas del Spitzberg. Bajo la influencia del frío cada día más intenso, se apagó toda vida: y las regiones árticas tomaron, para no dejarlo más hasta nuestros tiempos, el aspecto taciturno y sombrío de los hielos perpetuos.

»A últimos del período plioceno, la temperatura parece que se acercó mucho á la de los tiempos históricos. Las curiosas investigaciones de Wood acerca de los moluscos que vivían en Inglaterra durante las diversas fases de este período, parecen concluyentes en este punto; y numerosos testimonios todos concordantes, parecen demostrar que ese enfriamiento, del cual seguimos las huellas á través de las edades, persiste aun todavía. Ya no se cultiva la vid ni en las orillas del golfo de Bristol, ni en Flandes, ni en Bretaña, ni en Picardía: en esas comarcas, que probablemente cronistas sobrado aduladores dicen que habían producido excelentes vinos, y que hoy no pueden dar uvas maduras sino en años excepcionales. En los alrededores de Carcasona el cultivo del olivo ha retrocedido de 15 á 16 kilómetros en un siglo. La caña de azúcar ha desaparecido de Provenza, donde se había aclimatado. El límite de los grandes árboles retrocede sin cesar en la cuenca del Yenissei, y los mismos hechos se producen en California (1).»

Volveremos de nuevo, al tratar de las divisiones *históricas* ó *arqueológicas* de la edad prehistórica sobre las variaciones físicas de nuestro globo. Aquí basta, según se nos figura, lo dicho; para dejar bien probado que, si el hombre existió en el período terciario, dado el estado físico del globo en cualquiera de sus períodos, los 200 ó 300 mil años de antigüedad que se dan al hombre no parecen muchos, sobre todo á los que como nosotros rechazamos todo lo extraordinario y anormal, sobre todo en la historia física de la tierra. Discípulos de Lyell, creemos que los grandes cambios de los períodos ante-cuaternarios pasaron de una manera

(1) Marqués de Nadaillac.—*Les premiers hommes et les temps préhistoriques*.—Paris 1881, Tomo II pág. 388 á 392.

mucho más desapercibida de lo que hoy sucede con los que ocurren, para los seres racionales é irracionales de aquella edad.

Que esta grande antigüedad sea imposible de componer con todas las libertades inimaginables que puedan tomarse en la cuenta de las vidas de los patriarcas antediluvianos, no lo negamos. Pero *la Biblia* no tiene cronología, luego, ni 200 ni 300 mil años de antigüedad son incompatibles con ella. Lo que no tiene límites, no puede quejarse por lo que entre ellos se amontone.

Estado miserable de la la humanidad primitiva. «En este punto, dice Lenormant, si que no es imposible encontrar la menor contradicción entre la relación mosaica y los descubri-

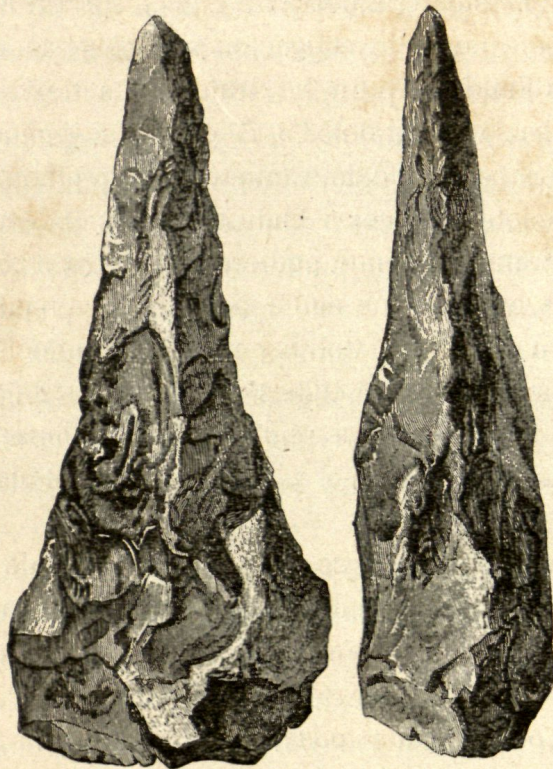


Fig. 7.—Edad paleolítica.—Forma 4.ª ó lanceolada perfeccionada.

mientos de la arqueología prehistórica. Los escritores que han pretendido establecerla estaban poco al corriente de las ciencias cristianas, y no han olvidado más que una cosa, el dogma del pecado. Han creído que el estado miserable de la vida de los salvajes de la época cuaternaria desmentía la vida feliz y sin nubes del Edén, el estado de perfección absoluta en el cual el primer hombre había salido de las manos del Creador. Esto no era tener cuenta del abismo que abre, entre la vida edénica de nuestros primeros padres y esas generaciones humanas, por antiguas que sean, la primera desobediencia, la falta original, que cambió la condición del hombre, condenándole al trabajo penoso y al dolor.

»Nada, por lo contrario, más instructivo para el cristiano que considera á la luz de la tradición sagrada, el espectáculo que ofrecen los descubrimientos de la geología y de la paleontología en los terrenos terciarios y cuaternarios. La condena pronunciada por la cólera divina se halla impresa de una manera sorprendente en la vida

durísima y difícil que llevaban entonces las primeras tribus humanas esparcidas por la superficie de la tierra, en medio de las últimas convulsiones de la naturaleza y al lado de los formidables animales contra los cuales era necesario defender á cada momento la existencia. Parece que el peso de esta pena pesaba entonces sobre nuestra raza de una manera más dura de la que lo fué después. Y cuando la ciencia nos presenta, luego después de los primeros hombres que vinieron á nuestras comarcas, fenómenos sin ejemplo ulterior, tales como los del primer período glacial, uno se siente naturalmente atraído por la antigua tradición de Persia, plenamente confirmada por los datos bíblicos respecto de degradación de la humanidad por la falta de un primer autor, que pone en primera fila, entre los castigos que siguieron á esta falta, á la vez que la muerte y las enfermedades, la aparición de un frío intenso y permanente que el hombre pudo apenas soportar, y que hizo inhabitable una gran parte de la tierra. Una tradición semejante existe también en uno de los cantos de la *Edda* de los escandinavos, la *Voluspa*.

»Por lo demás no exajeremos los colores del cuadro, como de ordinario suele hacerse. Si los datos paleontológicos revelan tan duras y miserables condiciones de existencia, no presentan sin embargo al hombre en un completo estado de abyección. Por lo contrario, el hombre de los tiempos geológicos, y sobre todo el de la edad cuaternaria, por cuanto nos es mejor conocido, se muestra ya en posesión de las cualidades privilegiadas de los hijos de Adán. Tiene altas aspiraciones, muestra *instintos para lo bello* que contrastan con su vida salvaje. Cree en la existencia futura. Es ya el ser pensante y creador; y el infranqueable abismo que la ciencia inmaterial de su alma establece entre él y los animales que más cercanos le están por su organización, es ya tan grande como podrá serlo en lo sucesivo. Vanamente se ha buscado en los estratos de la tierra el hombre pithécoide, esta quimera acariciada por ciertos espíritus que un singular y extraño orgullo descarriá, hasta el punto de hacerles preferir un gorrilla ó un maki por antecesor, mejor que no el dogma de la falta original. No se le ha encontrado, y no se le encontrará jamás.

«Así también, no olvidemos que no se han encontrado más que las huellas de tribus que por aquí y por allá se habían lanzado en medio de los desiertos, viviendo del producto de su caza y pesca, y á una enorme distancia del primer centro en rededor del cual todavía se hallaba concentrado el núcleo principal de los descendientes de la pareja originaria. También de que esos primeros y aventureros correos de las soledades del vasto mundo—*wide, wide world*, como dicen nuestros vecinos



Fig. 8.—Edad neolítica.—Tipos de celtas ó hachas de dicha edad sin pulir.

del otro lado de la Mancha—no practicasen la agricultura y no tuvieran animales domésticos, se puede concluir de una manera absoluta que no existiera un cierto grado rudimentario de vida agrícola y pastoral en el grupo más compacto y naturalmente más adelantado, que no había abandonado sus primitivas moradas. Así, pues, no existe un mentís formal de la relación de la *Biblia*, que presenta á Caín y Abel, el uno como agricultor y el otro como pastor, en las cercanías del Edén, desde la segunda generación de la humanidad. Pretender que ese mentís resulte de lo que sucede en la Europa occidental y en América, sería cometer el mismo error que el individuo que quisiera confundir la vida de los corredores de madera del Canadá con la de los agricultores que rodean á Quebec y Montreal.

»Fuera de esto, ¿la vida de los hombres de la que han guardado los terrenos cuaternarios los vestigios, aun en sus detalles, no es la misma que la que la narración de la *Biblia* atribuye á las primeras generaciones humanas luego de su salida del paraíso terrestre? Para cubrir su desnudez contra las intemperies de las estaciones no tenían más que las pieles de los animales que conseguían matar, y esto es lo que dice la *Biblia* de una manera formal para Adán y Eva. Que no tenían sino piedras toscamente cortadas para toda clase de armas é instrumentos; pues bien, la *Biblia* pone á aquel que primero forjó los metales á la

sexta generación de Adán, y sabido es que número de siglos representan en la relación bíblica esas generaciones antediluvianas. Los hechos colegidos por la arqueología prehistórica prueban que el progreso de la civilización material es la obra propia del hombre y el resultado de invenciones sucesivas: nuestra tradición sagrada no hace de las artes de la civilización, como las cosmogonias del paganismo, una enseñanza del cielo revelada á la humanidad por vía sobrenatural; no: las presenta como invenciones puramente humanas, de las cuales da el nombre de los autores, y á nuestra vista presenta el progreso gradual de nuestra especie como la obra de las libres manos del hombre, que cumplen muy á menudo, sin tener de ello conciencia, el plan de la providencia divina.

»¿Pero de dónde viene hoy día la repugnancia que tantos católicos tienen en admitir esta noción, cuando la *Biblia* describe en términos tan formales la vida de las primeras generaciones humanas, como la vida propia de los puros salvajes? ¿De dónde viene la preocupación, tan generalmente difundida, de que es contraria á la religión y á la Escritura? Esto viene de que á primeros de este siglo se le ocurrió á un hombre de inmenso talento, cuyas doctrinas ejercen una influencia profunda, y según mi opinión deplorable, sobre gran parte de las generaciones católicas desde hace cincuenta años, á José de Maistre, declarar la cosa imposible, y la idea impía. Para la numerosa escuela que engendró, apartarse de las teorías de este hierofanta es negar la misma religión. Yo no pertenezco á esta escuela, y de ello me hago un título de gloria: así no son para mí los dichos del autor de las *Soirées de Saint Petersburg* punto menos que la palabra del Evangelio. Apoyado en los hechos comprobados por la ciencia, tengo esos sueños de la civilización de las primeras generaciones humanas, al otro día de haber sido arrojado el hombre del Edén, por radicalmente falsos desde el punto de vista histórico, y recurriendo á la *Biblia* los encuentro en contradicción formal con su testimonio.

»No, *la ley del progreso continuo*, que luminosa resulta de las investigaciones de la paleontología humana y de la arqueología prehistórica, no tiene nada de contraria á las creencias cristianas. Hasta me parece, como ya lo dejo dicho más arriba, que no hay doctrina histórica que armonice mejor con esas creencias, y que ponerlo en duda es desconocer la belleza del plan providencial conforme al cual se han desenvuelto los anales de la humanidad.

»Dios, que creó el hombre libre y responsable, ha querido que él mismo labrase su destino, determinado por adelantado por esta presciencia divina que sabe conciliarse con nuestro libre arbitrio. En el estado de pecado en que le había colocado la falta de sus primeros autores, hubo de levantarse por sus propios esfuerzos gradualmente, hasta llegar á ser digno, en los tiempos predestinados, de recibir su Redentor. Ese progreso de la humanidad preparando el terreno para la predicación de la buena nueva, está obligado á reconocerla todo el mundo cuando la brillante cultura de Grecia y Roma reemplaza las civilizaciones inmóviles é inferiores de Asia. Pero desde este momento ¿cómo negarse á admitirla también para los tiempos que precedieron al nacimiento de esas civilizaciones? Desde el momento que la escala ascendiente está comprobada, se hace necesario convenir que el punto de partida, el término inferior fué la condición del salvaje, consecuencia de la falta original y de su condena.

»¡Cuánto no está más en lo cierto Ozanam que José de Maistre cuando reivindica la doctrina del progreso continuo como una doctrina esencialmente cristiana y altamente lo proclama! «La idea del progreso,» dice, «no es una idea pagana. Por lo contrario, la antigüedad pagana se creía bajo una ley de decadencia irreparable. El libro sagrado de los Indios decla-

ra que en la primera edad, «la justicia se mantiene firme en sus cuatro pies, la verdad reina, y los mortales no deben á la iniquidad ninguno de los bienes de que gozan. Pero en las edades siguientes la justicia pierde sucesivamente un pie, y los bienes legítimos disminuyen á la vez de un cuarto.» Los más sensatos de todos los hombres, los romanos, ponían el ideal de toda sabiduría en los antecesores, y los senadores del siglo de Tiberio, sentados á los pies de las imágenes de sus abuelos, se resignaban á su caducidad, diciendo con Horacio:

Aetas parentum, peior avis, tulit

Nos nequiores, mox daturos

Progeniem vitioriorum.

»Es con el Evangelio cuando se ve principiar la doctrina del progreso. No sólo enseña el Evangelio la perfectibilidad humana, sino que de ella hace una ley: «Sed perfectos, *estote perfecti*;» y esta palabra condena al hombre á un progreso sin fin, puesto que pone su término en lo infinito.»

No tenemos por que declarar nuestra conformidad ó desconformidad con todo lo que precede, ni tomar partido por Lenormant contra de Maistre, ni viceversa, y por consiguiente no tenemos porque meternos en averiguaciones acerca de la fecha en que principió á admitirse por los espíritus ilustrados de la Iglesia ese primer estado de la vida de la humanidad parecido al más bajo y miserable que hoy presentan los fijienses, botocudos, bosquimanos, etc.; lo único que nos interesa hacer constar es, que, aun cuando nada menos cierto que la descripción bíblica de ese estado de miseria y de abyección moral en que estuvieron sumergidos todos los patriarcas antediluvianos, y buen número de los postdiluvianos, jamás se le había ocurrido á escritor católico alguno sostenerlo, hasta tanto que vino la ciencia á imponerle con todo el rigorismo de sus demostraciones positivas.

Además, cualquiera que sea el número de fanáticos que sigan las doctrinas de de Maistre, para nosotros lo importante está en que se puedan sostener hoy sin anatema, y con la aprobación tácita de la Iglesia, doctrinas que antes condenaba con la mayor severidad. El que calla otorga; y ese silencio es el mejor signo de aprobación que pueda darse. La aprobación explícita vendrá el día en que la ciencia prehistórica que apenas acabe de salir de su infancia haya vivido la vida de los siglos.

EL DILUVIO.—«Confesémoslo desde luego, este es el único punto en que la dificultad sea grave. No hay contradicción radical y para siempre jamás insoluble entre la relación de la *Biblia* y los hechos tales como resultan de las investigaciones de la geología; pero hay un problema cuya clave aun no se ha encontrado y acerca del cual no se han propuesto más que hipótesis, y es el del punto que se debe asignar al diluvio mosaico entre los fenómenos de que fué testigo nuestro siglo durante el período cuaternario.

»Está hoy día probado, y de un modo que hace inútil toda discusión, que ninguno de las tres órdenes de depósitos principales que constituyen el terreno cuaternario no se debe, como una observación superficial lo había hecho antes pensar, á un cataclismo universal, tal cual hubiera sido el diluvio, si se tomasen al pie de la letra las expresiones de la *Biblia*. Sus diferentes depósitos son el resultado de fenómenos diluviales parciales y locales, que las mismas condiciones climatológicas hicieron que se reprodujeran sucesivamente en todas las

partes de la tierra, pero que no afectaron toda su superficie, y cuya acción no se hizo sentir en ninguna parte á más de trescientos metros debajo del actual nivel del mar. Verdad es que con la interpretación generalmente aceptada hoy, y formalmente reconocida como admisible por la Iglesia, que entiende la universalidad del diluvio en relación á los hombres y regiones que habitaban, y no en relación con la superficie total del globo, una semejante demostración de la ciencia no levantara insurmontables dificultades para la exégesis, puesto que uno de los diluvios parciales que tan repetidos fueron durante el período cuaternario, basta para llenar las condiciones del cataclismo que castigó las iniquidades de la especie humana.

»Pero he aquí donde empieza la dificultad del problema.

»De un lado tenemos la narración de la *Biblia*, apoyada en una tradición universal de las más notables razas de la humanidad, que proclama el grande hecho del diluvio; y del otro lado tenemos los descubrimientos de la geología que presentan al hombre ya extendido por casi toda la superficie de la tierra, desde la edad de los grandes carnívoros y de los grandes

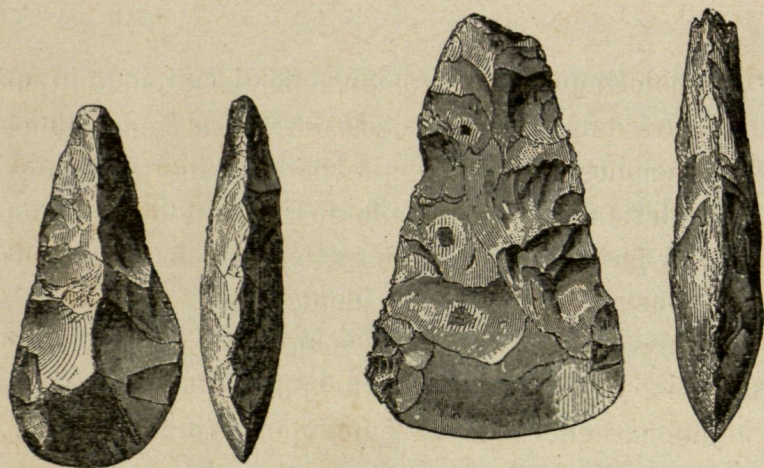


Fig. 9.—Edad neolítica.—Hachas pulimentadas tan solo en la parte del filo ó corte.

paquidermos de las especies extinguidas, y á contar de la cual ya no se encuentran rastros de cataclismo universal alguno, como hubiese sido necesario para destruir en todas partes á esos hombres. No se nota, á contar de esta época, interrupción violenta alguna en el curso de los progresos de la humanidad, de la que se ve á su industria perfeccionarse de una manera gradual, por una marcha continua, de la misma manera que las especies animales de

entonces, que ya hoy no viven, desaparecen gradualmente, sin sacudidas bruscas. Y todavía viene la antropología á confirmar ese punto de vista, señalando, como ya lo hemos dicho, en la actual población de Europa los descendientes de las razas cuaternarias, sin que cataclismo alguno las separe de nosotros.

»No hay medio de negar ni uno ni otro de los términos del problema. Fuerza es, pues, buscar su conciliación que hará posible la falta de cronología en la *Biblia* desde los tiempos de la creación del mundo hasta Abraham. Se apoyará esta hipótesis en los vestigios de la existencia del hombre que varios sabios piensan haber comprobado en la capa superior y hasta en las capas medias de los terrenos terciarios, porque, aun cuando probables, exigen, sin embargo, más amplia confirmación. Si el hombre se había presentado en nuestras regiones á mediados del período geológico terciario, una interrupción brusca, absoluta y prolongada separa esta primera humanidad de la del período cuaternario, por lo menos en nuestro país. Así, pues, se podría asimilar al diluvio mosaico la inmensa invasión de las aguas sobre una gran parte de Europa y Asia, que pone fin al período terciario produciendo lo que los geólogos han llamado el *fenómeno errático del norte*, cuando los hielos flotantes del mar llevaron por todas partes en Inglaterra, y por las llanuras de Alemania y Rusia, los enormes peñascos arrancados á las regiones del polo.

»La segunda hipótesis es la que sostuvo el abate Lambert, según la cual deberíamos considerar la universalidad del diluvio, en relación á la humanidad distribuida por la superficie de la tierra, como compuesta de actos sucesivos, englobando en ellos todos los fenómenos diluviales parciales del período cuaternario.

»En fin la última hipótesis, limitando la universalidad del diluvio en cuanto concierne á la humanidad, como en cuanto concierne á la superficie terrestre, considera el gran hecho, como habiendo tan solo cargado sobre el principal núcleo de la humanidad, que estaba concentrado al rededor de su primitiva cuna, sin alcanzar á las multitudes que se habían ya extendido á lo lejos, por espacios casi desiertos; como habiendo castigado las razas que la *Biblia* agrupa como la descendencia de Set, sin alcanzar á aquellas que reporta á la familia de Caín. Así se explicaría también la falta absoluta de toda tradición del diluvio entre la raza negra, y resultaría que ese hecho solo es para las diferentes ramas de la raza blanca un recuerdo étnico, y no viendo en las reminiscencias de las razas amarillas y rojas más que el fruto de una importación relativamente reciente. En el libro siguiente, al estudiar el cuadro genealógico que presenta el *Genesis* de los pueblos descendientes de Noé, probaremos que no comprende en absoluto más que naciones de esta raza blanca ó caucásica, que constituye la verdadera humanidad superior. Pueblo alguno, de otro cualquiera tipo tiene en él su lugar, y en particular los negros, quienes no pudieron ser desconocidos por los escritores sagrados, y sin embargo están excluidos de este árbol genealógico de la familia noaquida. Sin duda el redactor inspirado del libro de *Genesis* no podía hablar á los hombres de su tiempo más que de las naciones de que tenían conocimiento, y esta razón explicaría perfectamente el silencio del libro sagrado acerca de los chinos, y de la raza amarilla en general, ó acerca de la raza roja americana. Pero es imposible admitir que fuera por ignorancia ó por omisión el que dejara dicho redactor de hacer figurar á los negros en el cuadro de la descendencia de Noé. Por lo contrario fué con voluntaria, sistemática y formal intención el obrar así, y no es posible adivinar la intención que en ello tuvo, ni otra razón para un tal silencio, sino por cuanto los consideraba como extraños al tronco del patriarca salvado del diluvio. Por lo menos, en cuanto á los negros hace, el redactor del *Genesis* admitía pues la existencia, ó de *preadánitas* ó de *Cainitas* hasta su tiempo preservados, es decir de fracciones de la humanidad sobre las cuales no se había dejado sentir el cataclismo.

»Paréceme muy difícil sustraerse á ese hecho, ó escapar á las consecuencias de ese razonamiento. Así, sin pretender aun imponerla al lector, ni presentarla como una verdad científica ya demostrada, he dejado ver ya más arriba, en repetidas ocasiones, una tendencia personal en favor de la teoría que limitaría los efectos del diluvio sobre una parte determinada de la humanidad, á la vez que reconocemos el incontestable carácter histórico de ese hecho. Ciertamente es, y ya lo hemos dicho, que las narraciones de la *Biblia* principian por hechos comunes generales á toda la especie humana, para reducirse enseguida á los anales de una raza más particularmente escogida por los designios de la Providencia. La opi-

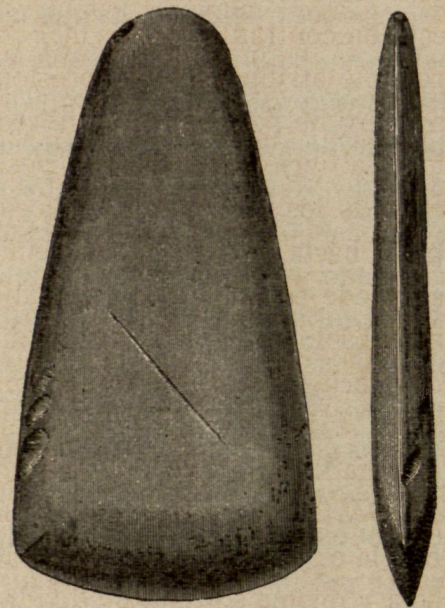


Fig. 10.—Edad neolítica.—Hachas pulimentadas.

nión á que nos inclinamos, tendería á dar principio á ese carácter restringido de la relación mucho más pronto de lo que se hace por lo general. Por atrevida que todavía pueda parecer, á consecuencia de su desacuerdo con las interpretaciones hasta aquí más acreditadas, autoridades teológicas considerables, sin que lleguen á adoptarla, han reconocido que no tenía nada de contrario á la ortodoxia, y que se podía sostener sin separarse de las creencias de la Iglesia en cuanto tienen de esencial y necesario.

»De esta hipótesis gustan los antropólogos respetuosos del libro sagrado, pues deja mayor latitud para explicar los profundos cambios que se produjeron en ciertas razas, retardando la separación de esas razas del tronco principal de la descendencia de Adán, colocándolo en un período durante el cual las influencias del clima y del medio ambiente eran forzosamente mucho más poderosas en su acción de lo que lo son hoy día, puesto que los fenómenos terrestres y atmosféricos tenían una más grande intensidad. Tampoco está en contradicción formal con el sentido que el hábito del lenguaje poético de la *Biblia* permite atribuir á las expresiones de la narración del diluvio; pues se han coleccionado buen número de pasajes en los libros santos donde se emplean las palabras «todos los hombres, toda la tierra,» sin que sea posible tomar tales expresiones al pie de la letra. Un atento exámen de los primeros capítulos del *Genesis*, en el cual se pesen con toda detención las palabras, hasta permite recoger indicios, á mis ojos de todo punto formales, y según los cuales se puede sostener con verosimilitud que el autor inspirado no quiso pintar el cataclismo como absolutamente universal, sino que por lo contrario admitía que habianse de él presentado ciertas fracciones de la humanidad.

.....»Importa también señalar sobre este particular el punto de vista general acerca del cual ha llamado la atención Schoebel siendo suyo enteramente el mérito. En efecto, el autor del *Genesis* al hablar de los hombres que fueron tragados por el diluvio, los designa siempre con la expresión *haadam*, «la humanidad adámica.» Esto parece indicar que habla de una sola y misma familia, no dividida aun en pueblos diferentes *goim*. Y sin embargo, según su mismo sistema, esta división existía ya en la raza humana. Antes de hablar del diluvio, presenta la descendencia de Caín viviendo y propagándose por separado de la raza de Set, lo mismo por el espacio, que por la religión y las costumbres. No formaba, pues, parte de la unidad adámica, de la misma manera que se había ya salido del suelo primitivamente habitado y adámico, *adamah*; por consiguiente era un pueblo diferente del pueblo de Set. ¿Cómo, pues, de considerar ese pueblo distinto, cómo hallándose comprendido entre los castigados por el diluvio, hubiese dejado de decirlo? ¿Cómo no lo hubiese, por lo menos, hecho entender de una ú otra manera? Por lo contrario, nos presenta más culpables que los otros, y como el crimen que atrajo el diluvio sobre los hombres, la corrupción irremediable en la cual habían caído aquellos que conocían á Jehová é invocaban su nombre, puesto que no ignoraban la verdad que menospreciaban, que infringían, puesto que dejándose arrastrar por las pasiones de la carne se sustraían voluntariamente á la acción y espíritu de Dios. Los Cainitas, según el Libro Santo, no conocían á Jehová, puesto que Caín *había salido de la presencia de Jehová*, al mismo tiempo que del territorio de la *adamah*.

»Por lo demás, la cuestión de saber si según la misma *Biblia* no escaparon algunos personajes del diluvio, fuera de los encerrados en el Arca de Noé, se discutió ya en la antigüedad entre judíos y cristianos, y la Iglesia no ha resuelto jamás dogmáticamente la cuestión. Según el texto de los Setenta, Matusalem vivió aun catorce años más después del diluvio,

mientras que el texto hebraico lo hace morir el mismo año de la catástrofe. El dato del texto griego lo han seguido muchos doctores israelitas. Un cierto número de escritores cristianos de los primeros siglos la adoptaron, entre otros los cronógrafos, por ejemplo Eusebio. San Jerónimo, en sus *Cuestiones hebraicas sobre el Génesis* nos enseña que en su tiempo esta dificultad célebre era ya objeto de numerosas controversias (1).»

Aquí igualmente nos toca declarar que tampoco tenemos por que manifestar nuestra conformidad ó desconformidad con la tendencia ú opinión particular de Lenormant, ni con cuanto dice en defensa de su tesis. Para nosotros lo que importa hacer constar es, que la Iglesia no tiene ya hoy anatemas contra los que niegan el diluvio universal, esto es, contra el diluvio que cubrió á la vez todas las tierras, y mató á todos los seres vivientes que las habitaban, fuera de los refugiados en el Arca de Noé, y que esto es una verdad fuera de toda contestación posible, gracias á haberla demostrado la geología de una manera irrefragable.

No hay, pues, solución de continuidad en el progreso humano desde el primer momento en que ésta apareció en la tierra, y los repetidos testimonios de su actividad remota sepultados en las entrañas del globo, ó guardados si se quiere por los estratos que pisaron los hombres de las edades terciaria y cuaternaria, no son la obra de un corto número de hombres concentrados alrededor del primitivo hogar humano, y luego distribuidos al acaso por todo el globo por las aguas del diluvio, sino testimonios de los centros de población que á la vez aparecen en todas partes tan pronto ha sabido el hombre fijar su atención en la que acusaba el rastro de sus primeros genitores en este mundo tierra.

Esto dicho, se comprenderá cuán necesario era decir algo sobre el diluvio, porque de ser éste universal, según la general y antigua creencia de la grey católica, las obras y rastros de la civilización primitiva perdían su carácter de originalidad para no acusar más que la de un primitivo centro de la población humana, y como á la recta inteligencia de nuestra historia no convenía tal punto de partida, hemos debido demostrar al lector que hoy por hoy no se cree en diluvio universal alguno, sino en diluvios parciales, que aun se renuevan en nuestros días, aun cuando no con el carácter de universal cataclismo que reviste el diluvio mosaico.

Pues, si al desentrañar de los estratos geológicos de los dichos períodos terciario y cuaternario las pruebas irrecusables del amor, de la tendencia al lujo de los hombres primitivos, de los hombres prehistóricos, ¿cómo no dejar comprobada de una manera indiscutible que la tendencia al lujo es una tendencia natural? En otro libro que no éste, podríamos decir que no podía ser de otra manera, dado que hemos demostrado como esa tendencia existe en varias especies de animales inferiores, y como éstos comparten el sentimiento por lo bello con el hombre ya lo hemos visto, pues aquí esta cuestión de los orígenes humanos no debe ser discutida. Conste, pues, que en el preciso momento de aparecer en la tierra los primeros barruntos de la civilización humana, aparece ya ésta informada por el innato gusto del hombre por la belleza, fuente del lujo, y que de esa primitiva y ruda civilización cuyos principios caen fuera de toda cronología numérica tenemos documentos bastantes para demostrar cómo fué desarrollándose hasta confundirse con las más antiguas civilizaciones históricas. Pues aun cuando Lenormant habla para Francia de un *hiatus*, ese *hiatus* tiene una explicación

(1) F. LENORMANT.—*Histoire ancienne de l'Orient jusqu'aux guerres médiques*. IX edición.—Tomo I, Paris 1881, páginas 209 á 221.

muy distinta de la que dió el malogrado orientalista; y aunque sea repetirnos, de ello hablaremos, pues claro está que no podemos pretender que nuestros lectores lean cuanto hayamos escrito sobre esta materia. Por lo demás nos sería imposible dejar de hacerlo, por cuanto el cataclismo ocurre en el preciso momento en que podemos señalar en toda su extensión la primera época lujosa de la sociedad humana.

Desembarazados de las cuestiones enojosas de los orígenes, podemos tomar por punto de partida los hechos y consagrarnos á sus enseñanzas.

Posible es de empeñarnos en discurrir sobre cuál de los grandes inventos del siglo XIX tiene mayor trascendencia para la humanidad, que no llegásemos á convencer al lector dando nuestra preferencia á otra clase de descubrimientos que á los descubrimientos de las ciencias exactas.

Lejos de nosotros la idea de negar que el descubrimiento ó la utilización del vapor y de

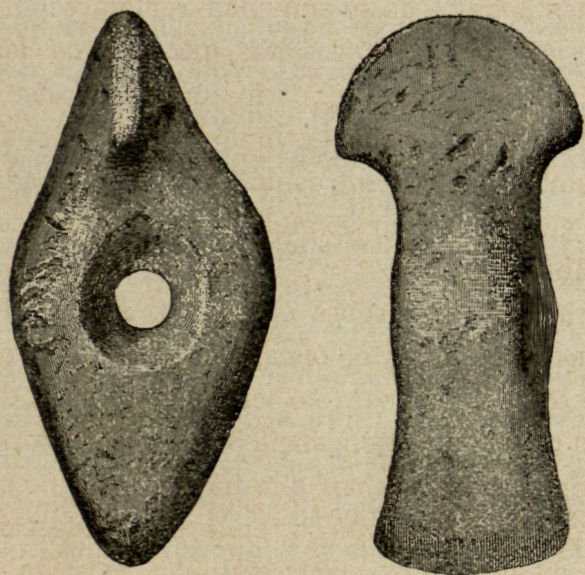


Fig. 11.—Edad neolítica.—Hacha de dos cortes.

la electricidad tienen parte principalísima en el inmenso progreso realizado por el siglo XIX en todos los órdenes de la actividad humana; lejos de nosotros la idea tan vulgar como inexacta de creer que los progresos materiales sólo hablan á nuestros sentidos; no, nosotros creemos que ejercen sobre nuestra moral, por lo menos, igual influencia. Pero no hay duda que se hace sentir esta influencia de una manera más lenta, á pesar de tratarse de vehículos como la electricidad y el vapor, que no cuando el vehículo es una ó pocas más cuartillas de papel que, pasando de mano en mano con una velocidad increíble é inmedible, difunden el conocimiento de una verdad de aquellas que sólo afectan nuestro sentido moral. En este terreno, han sido los

descubrimientos tan grandes y numerosos como en los campos matemático y naturalista.

La electricidad y el vapor han hecho de todos los pueblos de la tierra una vecindad de unas pocas grandes familias; es decir, que han hecho pequeño lo que antes se creía grande y desmesurado.

La filología, por lo contrario, ha hecho más grande aun lo que en sueños solo pudo imaginarse, y las ciencias positivas comprueban, ese mismo mundo tierra en el que apenas si podemos ya caber los hombres civilizados.

Mientras la geología, abriendo pozos y explorando ribazos, daba por todas partes con la esfinge de las preocupaciones humanas, los más grandes hallazgos pasaban desapercibidos ó eran ininteligibles. El día que habló la esfinge, apenas si hubo tiempo para correr á buscar lo que se había dejado amontonado y arrinconado en los desvanes y sótanos de academias y museos.

Habló por primera vez la esfinge cuando la interrogó Champollion. El día que la de Karnak dejó caer el misterio de las inscripciones de sus murallas se encontró tan estrecho el mundo con los cuatro mil años de vida que le diera el padre Petavio, que de un salto los do-

bló por sólo la antigüedad histórica del pueblo egipcio, dejando relativamente tan moderno el libro, fundamento de sus cálculos, que con tener cerca de tres mil años de vida y algunos siglos más su autor, nos parece de ayer. Tantas cosas han dicho y continúan diciendo las inscripciones jeroglíficas de Egipto.

Por segunda vez habló cuando al aprender Europa la sagrada lengua de la India, vió surgir de repente una literatura sagrada que desde luego afirmó su pretensión de ser la madre de la que por tantos siglos habíamos creído por don especial revelada á la humanidad por causa sobrenatural. La India no sólo nos pidió los dioses de Grecia y Roma, sino que nos reclamó el fondo de tradiciones de todos los pueblos semíticos, incluso el diluvio. Todo de momento se le concedió. Hoy pasamos por un período de reacción enteramente contrario, y si esta reacción gana, será la India la que nos lo deba todo; pero, por lo pronto, nos reveló la India el reinado de una civilización antiquísima, cuyos testimonios son alados espíritus puros, y sin embargo estos testimonios sin cuerpo nos recuerdan con todos sus detalles una edad de la que no ha hablado historia alguna hasta su invención en nuestros días, y de la que conocemos sus usos y costumbres, sus alegrías y dolores, su miseria y su lujo. Esos testimonios son las voces de la lengua aria.

Otra y otra y otra vez habló la esfinge el día que la China dejó de estar cerrada para nuestros filólogos. Al leer en sus anales la antigüedad de su civilización, la mente del sabio europeo se desvaneció. Luego ha venido la rebaja, pero aun así y todo la antigüedad de la civilización china remonta mucho más allá de los últimos límites fijados por la exaltación de los descubrimientos egipcios é indostánicos.

Puesta ya en vías de dar gusto á cuantos la interrogaran, presentó la esfinge de muy otra manera de la que sabíamos por los historiadores sagrados, la historia de los pueblos del Eufrates, del Tigris y del Oxus. Las antiguas civilizaciones caldaica y asírica hablaron en su propia lengua. La Persia hizo uso de la suya, y por primera vez después de millares de años de no haber escuchado tales lenguas la humanidad, las oía de nuevo para explicarnos los orígenes de su historia y de la civilización del mundo, y entonces sí que la sorpresa fué grande para los que sistemáticamente rechazaban la gran antigüedad de la civilización de los pueblos asiático-orientales y del Egipto. Pues el pueblo que pretende descender en línea recta de los expulsados del paraíso apenas puede remontar su período histórico más allá de cuando ya el Egipto se muere de senectud y de cuando ya el extremo oriente de puro viejo se ha olvidado por completo. Las inscripciones babilónicas y asíricas nos han enseñado y puesto fuera de discusión, cuán perezosamente hizo su camino la civilización entre los pueblos del delta del Eufrates, y cuánto erraríamos si continuásemos, como se hacía cincuenta años atrás, principiando la historia del mundo por la historia del pueblo elegido.

Guardaba sin embargo la esfinge todavía un más grande secreto, y por consiguiente un más grande descubrimiento para la historia de los orígenes humanos.

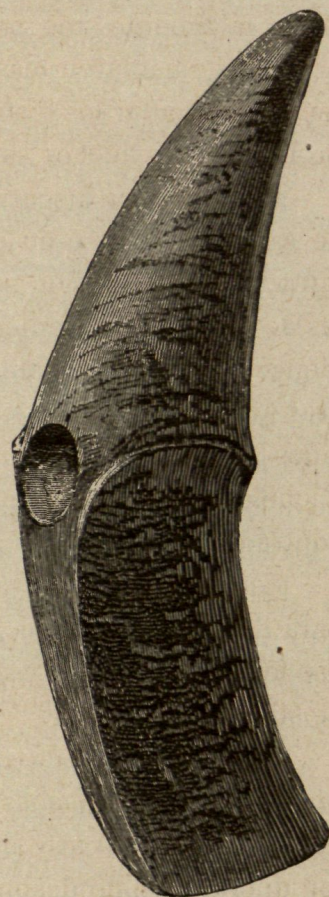


Fig. 12.—Edad neolítica —Pico.

La filología había rehecho el mundo antiguo y llevado sus límites hasta una edad que la instrucción recibida hacía incomprendible. Cuando se perdía todo rastro histórico, cuando ya los monumentos no hablaban, los diccionarios de las lenguas de estos antiquísimos pueblos revelaban un estado social primitivo y sólo comparable con las costumbres y vida de los pueblos salvajes modernos. ¿Pero quién había de atreverse á sostenerlo? ¿Quién había de ser el temerario que se lanzara á la ardua tarea de convencer al hombre de que la edad de oro está en lo porvenir y no en lo pasado? ¿Quién había de ser el que con autoridad para imponerse dijera al mundo que todo tiempo pasado fué peor? Pero peor, hasta el extremo de vivir el hombre en la tierra, y en todas las regiones y latitudes, la vida del salvaje. Cualquiera filólogo de verdadero criterio científico podía atreverse á ello, pero el hombre no se convence fácilmente sino por el testimonio de los sentidos, y por consiguiente, mientras las pruebas no hablaron más que á su inteligencia, la convicción debía tardar en hacerse. Mas, ¿en dónde hallar los testimonios irrecusables de la verdad que adelantaba la filología? ¿Cómo probar por los hechos este estado de vida salvaje común para todos los pueblos de la tierra?

Hoy día se ha discutido mucho para averiguar si Colón, cuando marchó al descubrimiento de América, tenía ó no noticia cierta de que existía una tierra del otro lado del Océano Atlántico. Esta discusión se ha fundado en el conocimiento cierto que hoy tenemos de que, antes de Colón, siglos antes de que marcharan de Palos las carabelas que habían de descubrir Méjico y el Perú, se sabía, ó mejor, se había dicho que del otro lado del Océano había una gran tierra, y que esta tierra era visitada regularmente por los islandeses; que afamados marinos noruegos la habían visitado; pero si no olvidamos la magnífica y exacta expresión de Michelet, diremos siempre con él que:—«La América, varias veces hallada en vano, fué encontrada y asegurada al mundo por el genio de Cristóbal Colón.»

Esto lo decimos al tanto de que hoy también se exhuman antiguas narraciones y libros para disputar á Boucher de Crevecœur de Perthes la gloria de haber descubierto las pruebas fehacientes de la remotísima edad del hombre en la tierra y de la antigüedad y carácter de su civilización.

¿Qué vale en efecto que en el siglo xvii sir William Dugdale en su *History of Warwickshire* hable de las hachas de piedra como de las armas empleadas por los bretones antes de que conocieran el arte de fabricar las armas de bronce ó de hierro; ó que el obispo Lyttelton dijera un siglo después que no puede cabernos duda de que las hachas de piedra fueron instrumentos de piedra fabricados en la más alta antigüedad y antes de que los pueblos bárbaros conocieran el hierro y los otros metales, y que por la misma causa las lanzas y las flechas tenían puntas de sílice ó de otras piedras duras, si ya antes que ellos lo habían dicho gran número de autores de la antigüedad, no sólo para los primitivos tiempos de su respectiva patria, sino para aquellos pueblos que á su lado vivían en un grado inferior de civilización? ¿No estamos, pues, en el caso de repetir con Michelet que el hombre cuaternario, varias veces hallado en vano, fué encontrado y asegurado al mundo por el genio de Boucher de Perthes? Cuando tantos libros sagrados y profanos enseñaban aun viva para su tiempo la costumbre de usar de la piedra, del sílice y de otras materias duras para toda clase de armas y utensilios, lo mismo en funciones de guerra que en funciones religiosas, donde se perpetuaron por tradición durante largo tiempo; cuando tantos libros sagrados y profanos nos hablan de tantos pueblos que no conocían casi en los albores de la edad moderna los metales más preciosos por lo indispensables, recordar lo que tantos libros han dicho sólo puede hacerse si

se lleva el objeto de demostrar por ellos que á pesar de tener repetidas veces los antepasados las manos en la masa, no supieron qué hacer de la pasta.

Nosotros al revindicar para Boucher de Perthes el honor de haber descubierto el hombre y las civilizaciones prehistóricas, no negamos con esto la posibilidad de que dichos autores ó dichos libros no le sirvieran de guía; pero, en rigor, conceder á estos autores antiguos el papel de precursores, es olvidar que el precursor es el que abre el camino, el que inicia el trabajo, y que ellos no sólo no hicieron nada de esto, sino que ni aún lo presintieron.

De hacer excepción precisamente deberíamos hacerla para los poetas que por una de esas intuiciones del genio vieron el mundo primitivo miles de años antes que Boucher de Perthes, y en particular esta excepción la haríamos para Lucrecio. Disputar al insigne poeta latino la gloria de haber sido el primero en trazar el cuadro de la primitiva civilización humana, diciendo que para elevarse á ella le bastaba con generalizar el espectáculo que le ofrecían los pueblos bárbaros que rodeaban el mundo romano, sería olvidar la oposición que hasta hoy se ha hecho y aún se continúa haciendo á esta verdad del estado primitivo salvaje de la humanidad entera en la tierra, á pesar de que los pueblos civilizados están hoy rodeados de pueblos no menos bárbaros que los que circundaban la civilización latina, sin que su vista la abran á los que se empeñan en negar, como dijo Lenormant, lo que la misma *Biblia* enseña con toda su elocuencia.

Que los antiguos tuvieran los cuadros de Euripides y de Lucrecio por obras imaginarias, por creaciones de la fantasía de los poetas, no tiene en verdad por qué sorprendernos. La antigüedad no podía comprender la teoría de que Dios hubiese hecho el hombre y luego le hubiese abandonado á sus propias fuerzas. Por esto hizo de los hombres, dioses mayores ó menores según los tiempos. Esta creencia tuvo medios para atravesar por entre las no muy cerradas mallas de la doctrina de la Nueva Era, é informarla con su espíritu: por esto toda la gloria es nuestra, toda la gloria es de los hombres del siglo XIX, que han sabido ver lo que veían, que han sabido legar al mundo así lo que encuentran como lo que hallan, y en esto está su superioridad sobre los siglos pasados, que tantas veces pusieron las manos sobre las verdades más trascendentales sin llegar casi á sentir el valor de su descubrimiento.

Pongamos pues á Lucrecio entre los precursores, si se quiere; pongámosle, ya que Lucrecio no era un simple rimador, ni un gran fantaseador, sino un hombre dotado de excelente educación científica y filosófica; pero no olvidemos que el carácter especial de su obra le quitaba autoridad.

Antes de continuar, nos creemos obligados á examinar detenidamente la teoría que combatimos, porque no podemos olvidar que en España y aun en varias repúblicas americanas se continúa por un número mayor ó menor de personas negando este primer estado de salvajismo de la humanidad entera, sólo por ignorar que han sido contestados, todos los argumentos que en contra de tal teoría se levantaron desde el campo de una doctrina limitada y mezquina, y para la que siempre son contestables las verdades de la ciencia. Además, como esta oposición data aún de ayer, son muchos los que habiendo aprendido en las obras de los adversarios, consideran á estos triunfantes, cuando la verdad es que de diez años á esta parte solo persisten en su tema algunos espíritus recalcitrantes, y á quienes hay que dejar en su manía, de un estado de vida edénico del hombre en la tierra.

Lubboch puso fuera de toda contestación posible la mísera condición primitiva de la humanidad en la memoria que en 1868 leyó ante la *Asociación británica de Dundee*. El eminente

escritor, cuyas opiniones hacen hoy autoridad hasta para el mismo Ewans, el más pacato de cuantos autores se ocupan de prehistoria, hasta el punto de pasar como por encima de ascuas encendidas al abordar las cuestiones de orígenes, se creyó obligado á probar al arzobispo de Dublin lo infundado de su oposición, por lo mismo que el sabio prelado, abandonando el camino de las exageraciones y de los anatemas con que se había querido contener el progreso de los estudios prehistóricos, atacaba de una manera razonada y crítica la teoría del estado salvaje primitivo, y en su consecuencia la de que los salvajes modernos ofrecieran una imagen más ó menos acabada y fiel de dicho estado; siendo auxiliado en su tarea de una manera indirecta por el Sr. Ribot, uno de los filósofos modernos de Francia que más honra á los estudios filosóficos que cultiva con espíritu liberal é independiente.

Decía pues el arzobispo de Dublin «que no tenemos razón alguna para creer que una tribu sea la que fuese, hubiese podido pasar jamás, sin un concurso extraño, de un estado de barbarie absoluta á lo que se puede llamar civilización. El hombre no principia por el estado

salvaje; en toda tribu la civilización no ha podido progresar sino á condición de que el punto de partida estuviera muy lejos de la barbarie completa, pues los hombres no parecen poderse elevar por encima de este estado cuando en él se hallan sumergidos.»

«Así, añadía, no pueden llamarse salvajes, en toda la acepción de la palabra, los antiguos germanos, que cultivaban el trigo, aun cuando fuera su agricultura muy rudimentaria; y que no solo tenían numerosos rebaños, sino que empleaban animales domésticos y hasta se servían de la caballería en sus guerras: ó bien si se les llama salvajes (que no debemos disputar por una palabra) estoy dispuesto á admitir que, partiendo de este punto, tales salvajes pueden pasar, sin exterior concurso, del estado

salvaje al estado civilizado.» Esta limitación de la palabra «salvaje» para los más ínfimos representantes de la especie humana, hace sin duda alguna que sea más fácil de sostener la teoría del arzobispo, pues la dificultad de levantar contra ella argumentos decisivos se hace aún mucho mayor. Por otra parte el arzobispo prosigue en su argumentación como si fuera fácil producir pruebas contrarias, suponiendo que una raza salvaje se haya jamás elevado al estado de civilización. Pero la manera como habla de los mandanos, indios de la América septentrional, destruye inmediatamente esta hipótesis. Dícese de este desgraciado pueblo, que era más civilizado que todos los demás que le rodeaban. No teniendo, pues, vecinos más adelantados que ellos, se cita á los mandanos como un ejemplo de salvajes que se habían civilizado de una manera independiente. El arzobispo Whately, en respuesta á esta aserción, formula las siguientes cuestiones:

»I. ¿Cómo podemos saber nosotros si estos mandanos pertenecían á la misma raza que sus vecinos?

»II. ¿Su estado de civilización no es precisamente el nivel de una civilización primitiva del cual habían caído las otras tribus?

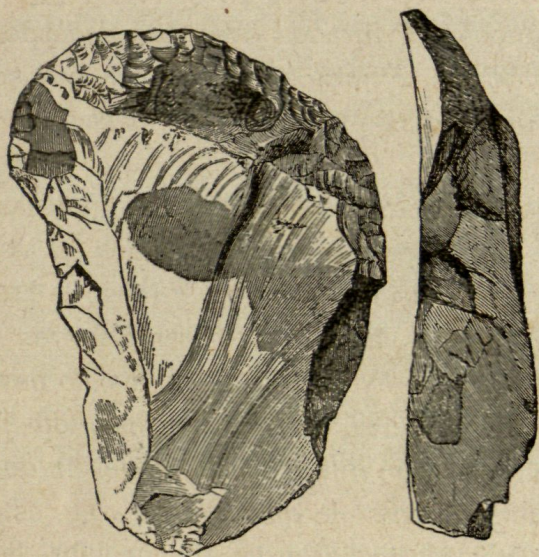


Fig. 13.—Edad neolítica.—Raspador.

»III. En fin, suponiendo que los mandanos hubiesen partido del estado salvaje, ¿no puede ser que fuera mediante el auxilio y consejos de algunos extranjeros que á ellos llegaron, como el Manco-Capac del Perú, de algún país civilizado desde hacía ya mucho tiempo, tal vez antes de la época de Colón?»

»Suponiendo por un instante, y para las necesidades de la discusión, que los mandanos ó cualquiera otra raza originariamente salvaje se haya civilizado, es absolutamente imposible, según la naturaleza del caso, responder de una manera categórica á las cuestiones del doctor Whately. Ciertó; puede afirmarse «que no hay ejemplo *escrito* de que una tribu salvaje, en toda la acepción de la palabra, haya llegado al estado civilizado sin haber recibido instrucción y asistencia de un pueblo ya civilizado.» Declarando desde el primer momento que un pueblo verdaderamente salvaje ignora el empleo de las letras; imponiendo como condición que no se le permita relación alguna con un pueblo civilizado, la existencia de un documento escrito es una imposibilidad: su misma existencia destruiría su valor. En otro

pasaje dice el arzobispo Whatley:—«Si el hombre en general, ó alguna raza en particular, es capaz de civilizarse por sí misma, se puede esperar en uno y otro caso el que un hecho importante haya dejado sus huellas, ora en documentos escritos, ora en la tradición, ora en un monumento cualquiera.» Y esto por lo contrario, en la hipótesis en cuestión sería esto imposible. Las tradiciones son de corta du-

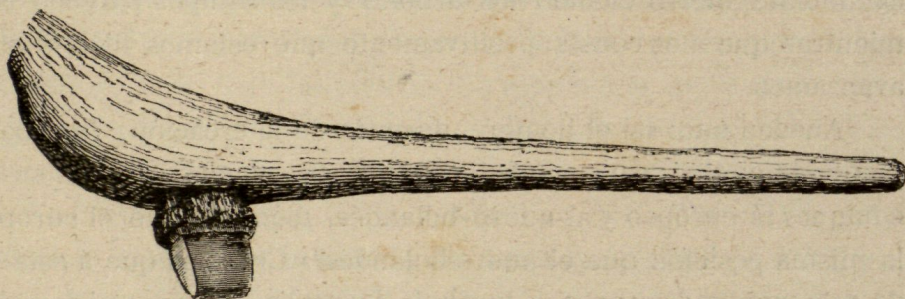


Fig. 14 —Edad neolítica.—Periodo de Robenhausen.—Modo de emmangar una hacha.

ración y poco dignas de fe. Por otra parte confesamos que no podemos concebir que «monumento» podría indicar el hecho de una raza capaz de civilizarse por sí misma. ¿Qué clase de monumento aceptaría el arzobispo como prueba de que el pueblo que lo elevó era originariamente salvaje, y que se ha civilizado por sí mismo sin haber recibido influencia alguna por el contacto de una raza superior?

«Más aun, dice el arzobispo, conocemos, en diferentes partes del globo, muchos salvajes á quienes se ha visitado á largos intervalos, pero que no han tenido relaciones constantes con los pueblos civilizados, y que parecen, en cuanto se puede de ellos juzgar, que continúan absolutamente en el mismo estado de barbarie;» y cita como ejemplo los indígenas de la Nueva Zelandia, quienes «parecen estar en un estado tan adelantado como cuando Tasman descubrió el país en 1642, en el que se mantenían cuando Cook les visitó ciento veinte y siete años más tarde.» Estamos tan acostumbrados á ver en nuestro alrededor progresos rápidos, que sobrado facilmente olvidamos cuan corto período es un siglo en la historia de la humanidad. Hasta admitiendo la cronología ordinaria, es evidente que si en seis mil años una raza dada, partiendo de la barbarie absoluta, sólo ha llegado al estado en que se encuentran los australianos, no se puede esperar encontrar grandes cambios en un siglo. No son pocos los pueblos de pescadores, de nuestras propias costas, que todavía se encuentran en la misma condición en que estaban hace ya ciento veinte y siete años. Además, podríamos considerarnos autorizados para responder que, conforme á la misma definición del estado salvaje dada por el arzobispo Whately, es necesario excluir á los nuevozelandeses. Pues ellos cul-

tivan el suelo, tienen animales domésticos, construyen magníficas fortificaciones y labran excelentes canoas, lo que ciertamente no les pone entre los pueblos que viven en un estado de barbarie absoluta. Podríamos sostener, en fin que Tasman estuvo tan poco tiempo en el país, que no pudo juzgar bien de la verdadera condición de ese pueblo. Pero tanto menos estamos dispuesto á contradecir lo dicho por el arzobispo, que el mismo hecho de estar aun hoy día tantas razas en estado estacionario, es en realidad un argumento en contra de la degradación y no precisamente en contra del progreso. Nosotros creemos que las razas civilizadas descienden de antecesores que en otros tiempos estuvieron en estado de barbarie. Nuestros adversarios sostienen, por lo contrario, que los salvajes son descendientes de pueblos civilizados que, de degradación, en degradación han bajado hasta su estado actual. Pero el arzobispo Whately admite que las razas civilizadas hacen todavía progresos, mientras que las razas salvajes están estacionarias; y parece, lo que por otra parte es bastante singular, que mira ese hecho como una prueba de la proposición insostenible de que la diferencia proviene, no del progreso de las unas, progreso que todo el mundo reconoce, sino de la degradación de las otras. La ilusión es natural y se parece á aquella que experimentamos en camino de hierro cuando los árboles y los campos parecen escapar detrás de nosotros, mientras que nos consta positivamente que estamos fijos, y que somos nosotros los que avanzamos.

Añaden aun: «si el hombre, después de la creación, fué abandonado como el bruto no pudiendo contar, para mantenerse y progresar, mas que con su cuerpo é inteligencia, dones comunes al europeo y al nuevo-holandés, ¿cómo es que el europeo no se encuentra hoy en la misma posición que el nuevo-holandés?» Creemos que á esta cuestión se puede responder de esta manera: en primer lugar, la Australia no posee ni cereales ni animales susceptibles de reducirse fácilmente al estado doméstico; y en segundo lugar, encontramos en la misma familia, entre los hijos de unos mismos padres, los caracteres más opuestos: en la misma nación, hay familias cuyo carácter es noble y generoso, y otras cuyos miembros son más ó menos criminales. Pero lo mismo en este caso que en el primero el argumento del arzobispo, caso de que pueda sostenerse, revuelve contra él. Se parece al boomerang australiano que, tirado adelante, rebota hacia el mismo que lo ha lanzado. Cree el arzobispo en la unidad de la raza humana originariamente civilizada (en cierto sentido). «¿Cómo es pues, podría á mi vez decirle, que el nuevo-holandés no se encuentra en el mismo estado de civilización que el europeo?» En otro pasaje, el arzobispo Whately cita, aprobándolo, un extracto de la obra del presidente Smith, del colegio de New-Jersey, quien dice que el hombre, «arrojado á un bosque salvaje, desnudo é incapaz como un huérfano de la naturaleza, perecería ciertamente, antes de haber podido aprender la manera de subvenir á sus más apremiantes necesidades. Supongamos que hubiese sido creado ó llamado á la existencia, nadie sabe cuándo, y que toda su fuerza corporal transcurriera antes de que hubiese aprendido á servirse de sus miembros, antes, por ejemplo, de poder trepar por un árbol, etc. etc.» Podría sin embargo, decirse exactamente lo mismo de un gorila ó de un chimpanzé, que ciertamente no son los descendientes degenerados de nuestros antecesores civilizados.

»Después de esta rápida revista de los argumentos del arzobispo Whately, vamos á indicar en breves palabras los hechos que prueban, así lo creemos, la teoría que defendemos.

»Ante todo procúrase probar que se encuentran signos ciertos de progreso entre los salvajes.

»Y, en segundo lugar, que se encuentran rastros de barbarie entre los pueblos civilizados.

»Supone el arzobispo que, en un principio los hombres eran pastores y agricultores. Sin embargo sabemos que los australianos, los indígenas de las dos Américas, y varios otros pueblos más ó ménos salvajes, habitaban países que convenían perfectamente á nuestros animales domésticos y al cultivo de los cereales, no conociendo ni los unos ni los otros. Parécenos, que es muy improbable que una raza de hombres que en otro tiempo hubiera sido pastora ó agricultora, hubiere abandonado enteramente una ocupación tan fácil y tan ventajosa; y todavía es más improbable, si admitimos la cronología de Usher, que hubiese desaparecido toda tradición de un tal cambio. Además, si durante el curso de los tiempos los descendientes de los habitantes actuales de América ó de Australia, por ejemplo, caían en un estado de barbarie, rebaños de animales salvajes, descendientes de aquellos que fueron importados á esos países, continuarían viviendo en ellos; y que en el caso de que éstos animales llegasen á desaparecer, sus esqueletos probarían su existencia anterior; ahora bien, todos sabemos que hasta el presente no se ha hallado, ni en Australia, ni en América, un sólo esqueleto de buey ó de carnero doméstico. El mismo razonamiento se aplica al caballo, pues el caballo fosil de la América meridional no pertenece á la misma especie que nuestra raza doméstica. Lo mismo decimos para las plantas. No sabemos si nuestros cereales cultivados sobrevivirían en el estado salvaje, bien que esto sea muy probable, bajo una forma modificada tal vez. Pero muchas otras plantas, que siguen al hombre, han modificado tan profundamente la flora de la América Meridional, de la Australia y de la Nueva Zelandia, como la etnología de esos países lo ha sido por la llegada del hombre. Los maoris dicen melancólicamente, que los maoris desaparecen delante del hombre blanco, de la misma manera que la rata indígena desaparece delante de la rata europea, que la mosca macri huye delante de la mosca europea y que el heno mata el helecho de la Nueva Zelandia.

«El doctor Hooker cuya autoridad nadie contestará, ha publicado sobre este particular una memoria muy interesante en la *Natural History Review* de 1864:»—En la Australia, y en Nueva Zelandia, por ejemplo, «dice,» la emigración no desempeña seguramente más su parte del que lo desempeña la marea creciente de plantas inglesas, que se apoderan del suelo virgen ó cultivado, aumentando cada año en géneros, en especies y en individuos. A ese propósito, Mr. W. E. Locke Traveis, F. L. S., botánico eminente establecido en Nueva Zelandia, nos escribe de Canterbury:—«Os sorprenderiais de los rápidos progresos que hacen en ese país las plantas europeas y extranjeras. A lo largo de los caminos, á través de las llanuras, un *Palygosum (aviculare)* llamado yerba de vaca, crece con abundancia, alcanzando las raíces una profundidad de dos pies, y la planta cubre una superficie de cuatro ó cinco pies de diámetro. El *Rumex obtusifolius* ó la *R. crispus* se encuentra en el lecho de todos los rios y adelanta hasta por los torrentes de las montañas. El cardo se desparrama por todo el país hasta una altura de cerca de 6000 pies. El berro invade todas nuestras corrientes de agua hasta el punto de obstruirlas.» El cardo de la República Argentina presenta un ejemplo análogo. Podemos pues afirmar que, si una raza de pueblos pastores ó agricultores hubiere habitado en algún tiempo la Australia, la Nueva Zelandia ó la América meridional, la fauna y la flora de esos países hubiese guardado la huella evidente y hubiese diferido mucho del estado en que las hemos hallado. Podemos también afirmar, en tesis general, que no se ha encontrado jamás, en países habitados por salvajes que ignorasen la metalurgia, ni armas,

ni instrumentos de metal. Todavía la cerámica nos ofrece una prueba más decisiva. Puede decirse que la cerámica es indestructible; tan pronto se conoció, su uso se hizo general, y posee dos cualidades que la hacen preciosa desde el punto de vista arqueológico, la de romperse fácilmente, y la de no desaparecer sino muy difícilmente. Además, se encuentra, casi siempre, en las tumbas. Es, pues, muy significativo que raza alguna de hombres no haya jamás encontrado fragmento alguno de cerámica, ni en Australia, ni en la Nueva Zelandia, ni en las islas de la Polinesia. Parécenos muy improbable que raza alguna de hombres en posesión del arte cerámico hubiese perdido tan fácilmente un arte tan útil como fácil. Este argumento se aplica, además, á muchas otras artes, á muchos otros instrumentos; me contentaré con citar dos ejemplos. Son muchas las razas salvajes que ignoran el arte de hilar y el empleo del arco. ¿Quién podría, pues, pretender, que una ú otra de esas artes hubiese caído en olvido dado que las hubiesen inventado? La falta de todo monumento arquitectónico en esos países constituye otra prueba. Piensa el arzobispo Whately, es verdad, que esta prueba es en favor suyo, pero la falta de monumentos, en todo país indica ciertamente la barbarie y no la civilización.



Fig. 15.—Edad neolítica.—Cuchillo encorvado.

»Paréceme también que el estado intelectual de los salvajes parece probar fuertemente contra de la teoría de la degradación. No sólo las religiones de las razas inferiores parecen indígenas, sino, como ya lo hemos probado, buen número de negociantes, filósofos, marinos y misionistas están de acuerdo en decir que muchos de tales pueblos no tienen religión alguna. Los ejemplos son tal vez menos numerosos de lo que se dice, pero el hecho es también probado para varios casos. Ahora bien, se hace difícil creer que un pueblo, que ha tenido una religión, pierda por completo toda memoria de ella. La religión se dirige de una manera tan completa á satisfacer las esperanzas y temores de los hombres, que deja en los espíritus grande impresión; constituye en sus formas elevadas un tan grande consuelo en tiempos de tristeza y de enfermedad, que no es posible creer que un pueblo que ha conocido la religión renuncie jamás á ella. Además produce en todas partes una clase interesada en su conservación. Así, cuando damos hoy con una raza que no tiene religión alguna, estamos poco más ó menos en lo cierto, afirmando que un tal pueblo no la tuvo jamás.

Ahora vamos á citar algunos ejemplos de progreso, bien que por regla general se pueda observar que el contacto de dos razas tiende más bien á rebajar que á levantar la raza inferior. Según Mac Gillivray, los australianos de Port Essington, que, como todos sus compatriotas, no tenían antiguamente más canoas que las que formaban con cortezas de árboles, las han abandonado por completo por otras abiertas en troncos de árboles, que compran á los malayos. Los habitantes de las islas Andamán, han adoptado recientemente los *boute-lof*. Cuando Burchell visitó á los bachapinos, principiaban á trabajar el hierro. Según Burton los negros wajiji han inventado recientemente el cobre amarillo. Cuando el capitán Cook visitó á Taiti, la mayor *more* ó tumba de la isla era, la que á la sazón se había elevado para la reina entonces reinante, y hacía poco que los taitianos habían renunciado al canibalismo. Shagwaw-Roo-Sink un Outauan, que vivía á principios de este siglo, fué, según Tanner, el primero que introdujo el cultivo del trigo entre los Ojibbeways. Otros hechos hablan, como suele

decirse, por sí mismos. Algunas razas americanas cultivan la patata. Ahora bien, la patata es una planta americana; luego aquí tenemos una prueba evidente de un progreso hecho por estas tribus. Los peruanos habían conseguido domesticar las llamas. Así los que creen en la multiplicidad de las especies de hombres pueden decir que los peruanos poseían llamas domésticas desde el origen. Pero el arzobispo Whately no querrá por nada de este mundo sostener esta teoría. Admitirá, seguros estamos de ello, que los primeros habitantes del Perú no tenían llamas, ni otro animal alguno doméstico, á excepción probablemente, del perro. Otro ejemplo de ello son los tejidos de cortezas de los polinesios. Pero la más convincente prueba es la del boomerang australiano. Esta arma no es conocida de otra raza alguna. No la podemos considerar como el resto de una civilización primordial, pues en este caso no pertenecería solamente á una raza. Por la misma razón los australianos no han podido tomarla de visitante alguno ilustrado. Aquí tenemos, pues, según nuestro modo de ver, el ejemplo que necesitamos, la prueba palpitante de un progreso, pequeño, es verdad, pero en fin de un progreso cumplido por un pueblo que el arzobispo Whately llamaría ciertamente salvaje en todo el rigor de la palabra. Los Cherokis nos presentan un ejemplo notable de su estado de progreso; pues sólo ellos de entre todos los pueblos cazadores de la América Septentrional se han convertido realmente en agricultores. Ya en 1825, cuando la tribu sólo contaba 14.000 almas, poseían 2923 carretas, 7683 caballos, 22.500 bueyes, 46.700 cerdos, y 2566 carneros. Tenían 49 molinos, 69 forjas, 762 telares, y 2486 tornos. Tenían además esclavos por haber capturado varios centenares de negros escapados de la Carolina. Más aún. Uno de ellos, llamado Segnoyah, inventó un alfabeto, que, relativamente á la lengua Cherokee, es mejor que el nuestro. El cherokee contiene doce consonantes y cinco vocales, más un sonido nasal «ung». Multiplicando, pues, las doce consonantes por las seis vocales y añadiendo las vocales que se presentan solas, pero omitiendo un signo para «mung», puesto que ese sonido no se encuentra en la lengua cherokee, tenía necesidad de setenta y siete caracteres, á los cuales se añadieron ocho representando los sonidos s, ka, hna, nah, ta, te, ti, tla, que en junto suman ochenta y cinco caracteres. Como acabamos de decir este alfabeto es superior al nuestro (alfabeto inglés). Los caracteres son más numerosos, pero tan pronto se conocen, puede un alumno leer inmediatamente. Se cuenta que un muchacho puede aprender á leer el cherokee en sólo algunas semanas cuando esa lengua está representada por esos caracteres, cuando necesita por lo menos dos años si está representada por nuestro alfabeto. Dicho se está que este alfabeto no puede aplicarse á otras lenguas. Los rudimentarios medios de escritura hallados en otras tribus, los jeroglíficos y el quippu de la América central, son ciertamente invenciones indígenas.

»Mohammed Doalu, negro del país de Nei, Africa occidental, inventó también un alfabeto, pero puede decirse para este caso, que la idea primera pertenece á los misionistas, aun cuando se haya compuesto fuera de todo concurso extranjero. Pero aun quedan muchos casos en que no es posible admitir ese concurso. Tomemos á los mejicanos por ejemplo. Aun suponiendo que fueran los descendientes de un pueblo primitivamente civilizado, y que hubieran, por grados, perdido de una manera completa el uso y hasta la tradición del alfabeto, lo que no



Fig. 16.—Edad neolítica. — Punta de flecha.



Fig. 17.—Edad neolítica. — Punta de flecha.

conceptuamos siquiera posible, no es por esto menos evidente que el sistema de jeroglíficos allí seguido es de origen americano. Si puede perderse un sistema de escritura, cosa que, repetimos, es para nosotros imposible, seguro que no se abandonará, por jeroglíficos, bajo todos los puntos de vista menos cómodos. Si los mejicanos debían su civilización, no á su progreso personal, sino á la influencia de algún visitante europeo arrojado á sus costas por una tempestad, ó por el gusto de las aventuras, encontraríamos ciertamente pruebas en su sistema de escritura, de esta influencia. Así, pues, aun cuando no tengamos pruebas históricas de que la civilización de América es indígena, vemos, en el carácter mismo de esta civilización, pruebas más satisfactorias tal vez de lo que lo fuera un documento histórico. El mismo argumento puede sacarse de las palabras que emplean los salvajes para expresar los números. Hácesenos difícil de creer que un pueblo que hubiere aprendido á contar hasta diez, haya podido olvidar jamás una ciencia tan fácil como útil. Y sin embargo, muy pocos, para no decir ninguno, de los pueblos que el arzobispo Whately llamaría salvajes, saben contar hasta tal cantidad.

»En muchos puntos donde el sistema de numeración está hoy muy adelantado, lleva impreso este sistema el sello de un origen indígena y reciente. Entre los pueblos civilizados, el tiempo ha producido en todas las palabras, sobre todo en aquellas de que se hace uso diario, y principalmente antes de la invención de la imprenta, modificaciones naturales, que han oscurecido desde hace mucho tiempo las derivaciones de los nombres de los números. Si las palabras empleadas por los salvajes para anunciar los números fueran restos de una antigua civilización, los pocos restos salvados de un naufragio general, habrían, sin duda alguna, sufrido tanto por el uso que sería imposible descubrir sus derivaciones; y en vez de esto, son por lo general perfectamente claros y significativos, sobre todo entre los pueblos menos avanzados en aritmética. Esos nombres de los números son pues de origen reciente, por cuanto no se hallan corrompidos; y de origen indígena, por lo mismo que tienen una significación evidente en el lenguaje de las tribus que los emplean.

»Como ya lo hemos hecho observar (en otras partes), muchos pueblos salvajes carecen de palabras para expresar el «color, tono, árbol,» etc., cuando tienen palabras para indicar cada clase de color, cada clase de árbol; en suma no tienen palabras para expresar idea alguna abstracta. Ahora bien, me cuesta creer que un pueblo que haya sabido palabras semejantes pueda llegar nunca á olvidarlas en absoluto. Muchas otras pruebas análogas se pueden sacar de las lenguas de los salvajes, y argumentos de esta clase tienen ciertamente más peso que las relaciones de los viajeros acerca de los objetos que emplean los salvajes. Supongamos, por ejemplo, que un antiguo viajero hiciera constar, respecto de un pueblo que hubiese visitado, la falta de alguna arte ó de algún conocimiento, y que otro viajero encontrase más tarde á los indígenas en posesión de dicho arte ó conocimiento. Ciertamente vacilaríase en punto á ver en ese hecho una prueba de progreso, y nos sentiríamos inclinados á creer que los últimos viajeros, tal vez en mejor situación, vieron lo que se escapó á los primeros. Y esto no es una pura hipótesis. Los primeros viajeros españoles afirman que los habitantes de las islas Ladrones ignoraban el uso del fuego. Viajeros más recientes, por lo contrario, les vieron servirse del fuego. Decidióse pues, casi por unanimidad, que los españoles se equivocaron; no hemos citado este ejemplo para responder á las aserciones del arzobispo Whately, por cuanto participamos de esta opinión; pero lo citamos aquí para probar cuán difícil es obtener pruebas satisfactorias de un progreso material entre los salvajes, aun admitiendo que estas

pruebas existieran. Los argumentos sacados del lenguaje no están sujetos á las mismas objeciones, llevan es verdad un verdadero sello y nos permiten sacar conclusiones.

»Vamos ahora á citar algunos hechos que parecen probar que las razas más civilizadas han pasado por un estado de barbarie. Se han descubierto, no sólo en toda Europa, no sólo en Italia y en Grecia, sino en los países llamados cunas de la civilización, en Palestina, Siria, Egipto y en la India, rastros de una edad de piedra. Puede responderse, es verdad, que no se han descubierto más que fragmentos de cuchillos de piedra, etc., los cuales, como sabemos, usábanse en ceremonias religiosas mucho antes de que el metal se hubiese hecho de uso general. Esto se parece á esa tentativa de explicar la presencia de huesos de elefante en Inglaterra suponiendo que son los restos de los elefantes que los romanos pudieron traer al país. Mas, ¿por qué los sacerdotes egipcios, por qué los sacerdotes judíos se sirvieron de cuchillos de piedra? Evidentemente porque hubo un tiempo en que se empleaban por todo el mundo, y que, por respeto (para la tradición) no quisieron los sacerdotes introducir una nueva sustancia en las ceremonias religiosas.

»Existen muchas otras consideraciones: el mejoramiento gradual, por ejemplo, de las relaciones entre los sexos, el desarrollo de ideas concretas sobre el parentesco: todo nos parece concurrir á la misma conclusión.

»Hallase entre las publicaciones del Instituto de ciencias naturales de la Nueva Escocia, una interesante memoria de Mr. Haliburton acerca de «la unidad de la raza humana probada por la universalidad de ciertas supersticiones unidas al estornudo.» Quede pues bien sentado, dice él, que un gran número de costumbres arbitrarias, tales como no habrían podido presentarse naturalmente á todos los hombres, en todos los tiempos, se encuentran en todas partes; de donde la conclusión de que son costumbres primitivas, que todos los pueblos tomaron á una misma fuente, y si esto es así remontando, todas ellas á una era anterior á la dispersión de la raza humana.» Para justificar una tal conclusión, es necesario demostrar que la costumbre es evidentemente arbitraria. La creencia de que dos y dos hacen cuatro, el sistema decimal de numeración y las coincidencias análogas no prueban nada: y por esto no creemos mucho en la existencia universal, ó general de una costumbre de un carácter claramente arbitrario. El hecho es, que muchas cosas nos parecen arbitrarias y extrañas porque vivimos en un medio ambiente de todo punto diferente de aquel en que hemos nacido. Muchas cosas, que parecen naturales á un salvaje, nos parecen absurdas é inexplicables.

»Cita Mr. Haliburton, como la prueba más evidente, la costumbre de decir «Dios os bendiga,» ó cualquiera otra expresión análoga, á una persona que estornuda. Y prueba que esta costumbre, lo admitimos, es muy antigua y muy general. Homero, Aristóteles, Apuleyo, Plinio y los rabinos judíos hablan de ella, se la ha encontrado en el Kurdistán, en la Florida, en Otahiti y en las islas Tonga.

»Ahora bien, esta costumbre no es tan arbitraria como puede creerse, y por consiguiente, no entra en la regla que se ha trazado. Creen generalmente los salvajes en los seres invisibles, y, bien que piensan que uno no debe inquietarse de los beneficios vengan de donde vengan, atribuyen todas las desgracias á la mala voluntad de esos seres misteriosos. Muchos salvajes consideran la enfermedad como un caso de posesión demoníaca. En caso de enfermedad, no suponen que los órganos mismos están afectados, sino que piensan que un dios los devora; así sus brujos no procuran curar el mal, sino echar el diablo. Algunas tribus

tienen un dios particular para cada enfermedad. Los australianos no creen en la muerte natural. Cuando un hombre muere, se reputa que cae víctima de un sostilegio, esto para ellos no ofrece duda alguna; lo único que les embaraza es encontrar el culpable. Ahora bien, en un pueblo que viva en un estado de ánimo tal, y sabemos de sobras que casi todas las razas han pasado por esta fase, cuando se ve á uno estornudar, se supone natural y casi inevitablemente que está atacado por algún ser invisible; y la idea de llamar en su auxilio á algún otro ser invisible, más poderoso que el primero, se presenta naturalmente al espíritu.»

«Admite Mr. Haliburton que un estornudo es un «presagio desgraciado;» para el salvaje es mucho más, es la prueba evidente de que la persona que estornuda está poseída por algún espíritu malo.

«Es, pues, evidente que este ejemplo, en el cual cuenta tanto Mr. Haliburton, no es en modo alguno una costumbre arbitraria, y por consiguiente no llena las condiciones por el mismo indicadas (1). Luego cita otros ejemplos que tienen la contra de probar demasiado. Así cita la existencia de una fiesta en conmemoración de los difuntos «hacia principios de Noviembre.» Estas fiestas están muy extendidas, y como hay más razas que las observan que meses tiene el año, es evidente que algunas deben coincidir en una misma época.

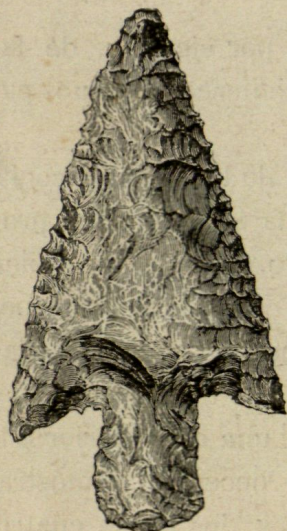


Fig. 18.—Edad neolítica.—
Punta de flecha barbada.

»Pero añade Mr. Haliburton: «Los españoles naturalmente se sorprendieron al ver que mientras ellos celebraban una misa solemne en sufragio de los muertos el 2 de Noviembre, los peruanos celebraban también una fiesta para la conmemoración de los muertos.» Esta curiosa coincidencia probaría, pues, no sólo la existencia de una tal ceremonia para «antes de la dispersión» (que Mr. Haliburton considera como un hecho definido mejor que no como un desenvolvimiento gradual), mas aun, que los antecesores de los peruanos estaban, por esta época, bastante civilizados para tener un calendario y que sus descendientes lo conservaron sin cambio hasta la época de la conquista española.

Ahora bien, nosotros sabemos que no hay nada de esto. Mr. Haliburton dice todavía que:—«Se encuentran en Escocia y en la África ecuatorial supersticiones casi idénticas acerca de los fantasmas de las mismas personas vivientes, fantasmas por extremo malos, y que algunas veces se pueden matar con una bala de plata.» Hé aquí una creencia que, á primera vista, puede parecer arbitraria. Pero si también se prueba de que antes de la dispersión se creía en los fantasmas de las personas vivas, quedará también probado que las balas de plata se usaban igualmente entonces. Este ejemplo nos parece, pues, muy interesante, pues prueba que ideas análogas, en países muy distantes uno de otro, toman su origen no en «una era que precedió á la dispersión de la raza humana,» sino en la similitud fundamental del espíritu humano. Aun no creyendo que costumbres análogas entre diferentes pueblos «desciendan de un tronco común» ó sean necesariamente primitivas, veo en ello

(1) El célebre sociólogo H. Spencer pone estas conclusiones de Lubboch fuera de toda contestación posible en sus *Principles of Sociology*.—En cuya obra se encuentra magistralmente explicado lo que aquí apunta Lubboch acerca del estornudo y de las enfermedades. Nosotros no podemos menos de recomendar su lectura á cuantos quieran formar un cabal concepto de la naturaleza de la vida del salvaje.

necesariamente un argumento en favor de la unidad de la raza humana, aun cuando, preciso es notarlo, no implique rigurosamente la descendencia de una sola pareja.

«De otra parte, he procurado probar que ciertas ideas que, de primera intención, parecen arbitrarias é inexplicables, se presentan naturalmente entre pueblos muy distintos, cuando llegan á un mismo estado de desenvolvimiento; es pues necesario tenerse en una gran reserva si se quiere, por medio de esas costumbres ó de esas ideas, intentar el establecimiento de un lazo especial entre diferentes razas humanas.»

Tal es la famosa memoria de Dundee que por espacio de algunos años impuso silencio á los adversarios de la ciencia prehistórica: tan grande efecto causó la severa y recta imparcialidad con que está tratada la materia, y esta abundancia de buen sentido que serena el espíritu después de arrojar de él las nubes de la duda. Más tarde es cierto fué atacado por el Duque de Argyll, y refutadas igualmente por Lubboch las buenas palabras *Good Words* del Duque, ya no se ha vuelto á agitar la cuestión de fondo, contentándose con impugnar los detalles, algunos de los cuales en efecto merecían ser retocados, y otros borrados. Empero por interesante que sea la réplica de Lubboch no podemos trasladarla aquí, que más de lo que hemos dicho sobre la materia no lo consiente la naturaleza de nuestra obra. Para el aficionado bastará que digamos que encontrará una y otra memoria, es decir la que hemos copiado casi íntegra, y la réplica dada al Duque de Argyll, en la traducción francesa de la obra de Lubboch, *Los orígenes de la civilización*, hecha por Mr. Barbier, apéndices I y II.

Sin embargo, después de lo dicho, «no debe suponerse que las razas más salvajes hoy existentes representen absolutamente la condición del hombre primitivo. El hecho mismo de haber quedado estacionarios los salvajes, el que sus usos y costumbres, y método de vida hayan continuado sin modificación durante generaciones enteras, ha creado un sistema de costumbres muy estricto y á menudo muy complicado que, en algunos casos, ha adquirido gradualmente fuerza de ley, y del cual el hombre primitivo estaba necesariamente exento. Así, pues, para llegarnos á formar una idea tan clara como posible de la condición primitiva de la raza humana, es necesario eliminar todas esas costumbres; el mejor medio de llegar á ello es el de comparar las tribus salvajes que pertenecen á las diversas familias de la humanidad (1).»

Descartado todo lo que podía parecer á alguien sospechoso ó maculado de herejía, podemos ahora entrar con toda tranquilidad no en el estudio de la ciencia prehistórica en sí, pues

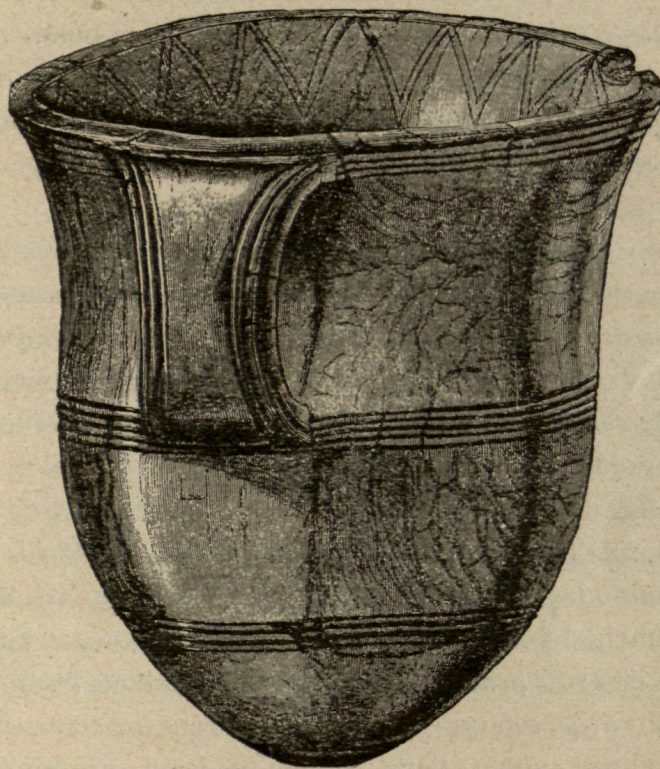


Fig. 19.—Edad neolítica (?).—Copa de madera.

(1) LUBBOCH.—*Obra citada*.—Pág. 531 y 532.

esto nos llevaría demasiado lejos, sino en la exposición de la historia de su descubrimiento y en la de la clasificación de las edades prehistóricas que nos han de servir para demostrar en todas ellas el lujo desenvolviéndose en medio de las sociedades primitivas ó antehistóricas.

Hemos ya dicho que la antigüedad conservó la tradición de una edad durante la cual estuvo el hombre privado del conocimiento de los metales, de una edad de piedra, y que de esta edad hablan muchos autores, filósofos, historiadores y poetas, y que quien mejor la trató fué Lucrecio. Más adelante daremos á conocer lo que escribió Lucrecio.

También hemos dicho que estas armas y utensilios de la edad de piedra habíanse conservado por tradición en casi todas las regiones de la antigüedad, y precisamente para aquellas costumbres para las cuales siente el hombre mayor repugnancia en cambios de ninguna clase. Así los hebreos los conservaron para la dolorosa operación de la circuncisión cuando todo les había de aconsejar el uso de instrumentos de acero, y los egipcios hacían exclusivamente objeto de los mismos para todas las operaciones del embalsamamiento de los cadáveres humanos.

Pero al lado de la tradición científica existía la tradición popular, viva aun hoy entre la gente del campo de todas las naciones del mundo, que tenía y tiene las hachas de la edad de piedra como piedras meteóricas, y como siempre hay espíritus pobres y espíritus interesados en fomentar y explotar las creencias ó supersticiones populares, esas piedras cerámicas, de *ceraunos*, que en griego significa rayo, fueran ya en la antigüedad consideradas como «sagradas», que este es el nombre que les dió Sotacus, y hasta se llegó á veces á hacer con ellas diademas para los dioses, según resulta de varias inscripciones. También figuraban en varias fiestas, en las *feciales*, y en los misterios de los sacerdotes de Cibeles, como representando las piedras que Saturno se tragó en vez de devorar á sus hijos. Y como á esta circunstancia debió la vida Júpiter, esas piedras eran talismanes para ganar batallas, tomar ciudades, ó destruir armadas como puede verse en Plinio; garantizaban (¡como hoy!) contra la caída de rayos, sin que el invento de Franklin haya conseguido reemplazarlas en el campo; daban buenos sueños, hacían ganar procesos, y se empleaban hasta en medicina, pues les atribuían los antiguos virtudes astringentes.

Durante toda la antigüedad, y lo mismo durante toda la edad media, perdida y menospreciada la tradición científica, é imperante la tradición bíblica de la edad paradisiaca, la tradición popular antigua dominaba soberana y sin contestación alguna.

Esto desde luego nos enseña que durante tantos siglos hubieron de ser en gran número las piedras cerámicas que labraban los explotadores de la superstición humana, y de esta circunstancia, contra la que se han prevenido los prehistóricos poniendo en lugar secundario toda clase de piedras cuya procedencia no sea conocida, es decir, de las que no se conozcan los yacimientos geológicos ó funerarios, se han prevalido los que sin ton ni son, ó por una mala interpretación del texto bíblico, como dice Lenormant, se empeñan en estimar la ciencia prehistórica como una ciencia anti-religiosa. No debíamos ocultar al lector esta nueva arma de nuestros adversarios, y menos aún dejar de prevenirlos contra el engaño de sus filos. Conste, pues, que sólo por excepción los prehistóricos toman en cuenta dichas piedras, y esto explica que algunas de ellas aparezcan con inscripciones de las edades históricas y con símbolos de la edad antigua, pero tampoco pueden reputarse éstas precisamente como *ceraunias* industriales, pues bien se alcanzará á todos, que las circunstancias especiales de su hallazgo podía muy bien ser causa de las dichas inscripciones y símbolos.

En este estado continuaban las cosas hasta que Agrícola publicó á mediados del siglo XVI su obra *De ortu et causis subterraneorum*, que se estima con razón como el primer tratado de mineralogía. Agrícola aun cuando de una manera dubitativa tan sólo negaba que las tales piedras fueran aereolitos, fósiles, ni piedras de rayo, pero se callaba sobre su origen, le bastaba negar lo que se creía, pero lo que creía él no lo afirmaba. Agrícola poseía conocimientos en ciencias naturales de mucho superiores á todos los de sus contemporáneos, así, aun cuando en oposición más ó menos franca, sostenía contra hombres de valor científico el origen ígneo de las ceraunias, á su lado otros más ilustrados y menos crédulos seguían las vías abiertas por Agrícola y negaban rotundamente tal origen.

Aquí lo que es de admirar dado el tiempo de que hablamos, cuando la imprenta tomaba sus primeros vuelos y entusiasmada popularizaba las grandes obras de la antigüedad, que en estas disputas sobre el origen cerámico ó no de tales piedras, á nadie se le ocurriera citar á los autores antiguos. Si lo hubiesen hecho, «Ennius les hubiera mostrado los sílices empleados para cortar las velas de los buques; Tito Livio les hubiera contado los ritos que precedieron á los combates de los Horacios cuya víctima cayó á los golpes de un cuchillo de sílice. En Herodoto hubieran aprendido el papel que desempeñaba la *piedra de Etiopía* para embalsamar los cadáveres; y en fin, los libros de los hebreos les hubieren enseñado el uso de los cuchillos de piedra en la ceremonia de la circuncisión» (1).

Ni aun recurrió á estas fuentes, sino rara vez, Boecio de Boot, quien á pesar de saber que habían de reputarle loco sus contemporáneos, son sus propias palabras, hizo una refutación enérgica y en regla de las teorías físicas, químicas y meteorológicas corrientes en su tiempo, y por las cuales se probaba el origen celeste de las primeras armas y utensilios de trabajo del género humano. Pero no pongamos á Boot más alto de lo que merece estar. El mismo confiesa que, á no ser por Kentmann contemporáneo de Agrícola, cuya doctrina gozaba de gran autoridad en Alemania y Dinamarca, hubiese sostenido que dichas piedras eran martillos, cuñas, hachas, arados, ó toda otra clase de instrumentos agujereados para colocar en ellos un mango» á no haber Kentmann sostenido tan enérgicamente su carácter cerámico que estimaba él una barbaridad; pero no era mayor la que cometía Boecio de Boot, y esto en compañía de otros naturalistas de su tiempo (Siglo XVII), creyendo y afirmando de buena fe que tales instrumentos fueron primitivamente de hierro, habiéndolos transformado el tiempo en instrumentos de piedra. Esto es lo que se escribía en 1636, fecha de la primera edición de la *Gemmarum et lapidarum historia*, de Boot.

Poca cosa adelantaba pues por ese tiempo el conocimiento exacto de las piedras que en forma de cuchillos, hachas, cuñas, martillos, sierras, puntas de flecha, etc., tenían los físicos y los mineralogistas entre manos desde hacía medio siglo. No eran entonces, como lo son hoy, Francia y Alemania, el centro de la ilustración científica de la humanidad. Éralo Italia que aun conservaba el puesto que había conquistado en el siglo XV, y en el que con tanta gloria se hizo fuerte durante los siglos siguientes, defendiéndose gloriosamente en él hasta últimos del siglo XVIII.

Fué un erudito italiano, Mercati, quien de golpe, así podemos decirlo, creó la arqueología prehistórica. ¿Y cuándo la creó? En los mismos días de Agrícola. Pero la obra de Mercati quedó manuscrita y no vió la luz pública sino *dos siglos más tarde*: la obra de Mercati se

(1) HAMY.—*Precis de paleontologie humaine*.—Paris 1870.—Página 15.

había perdido y Lancisi no dió con ella hasta primeros del siglo XVIII. De aquí que en el orden cronológico venga Mercati á la cabeza del conocimiento de las piedras prehistóricas, y en orden al progreso de la ciencia prehistórica no comparezca hasta el año 1717-1719 en que se publicó su *Metallototeca*, pues sólo á contar de esta fecha pudo ejercer su influencia en la prehistoria el ilustre Mercati.

Era toscano el sabio naturalista italiano y nació en San Miniato, el 8 de Abril, de 1545. Hijo de médico, fué médico, pero también estudió la filosofía, recibéndose de doctor en ambas ciencias. Tan pronto conquistó á su nombre nombradía su saber, que á los veinte años el Papa Pío V le confiaba la dirección de su jardín botánico de Roma. Desde esta época hasta la de su muerte vivió siempre al lado de los papas y al frente del jardín botánico del Vaticano en el que creó un gabinete de mineralogía el más rico y mejor ordenado de su tiempo. Mercati murió todavía joven, pues falleció en Roma á los 52 años de edad, esto es el 25 de Junio de 1593.

La *Metallototeca* no es más que la descripción del dicho gabinete ó Museo de mineralogía que había organizado por mandato ó con la autorización de los papas Gregorio XIII y Sixto V. ¿Se explica, pues, que bajo tales circunstancias se perdiera el catálogo descriptivo de dicho museo? Nosotros no nos lo explicamos, y sin temor de que se nos tache de exagerados, afirmamos que el manuscrito se hizo desaparecer, y decimos esto fundándonos en lo que decía Mercati de las piedras hasta entonces reputadas como celestes y de lo que en nuestros días se ha dicho de la ciencia prehistórica, y de lo que se ha hecho todavía para ahogarla al tomar su primer vuelo. Si somos maliciosos, más de lo conveniente, excúsenos la tremenda guerra que á la prehistoria se ha hecho desde el campo ultramontano sin razón ni justicia.

Mercati negaba rotundamente el origen celeste de las piedras en cuestión, y por lo contrario afirmaba su origen terrestre, y lo que es más, sostenía que el hombre las había utilizado para sus trabajos así en las artes de la guerra, como en las artes de la paz. Mercati, pues, veía clara esa primera edad de la vida humana durante la cual no se conocían los metales, y así no temía afirmar, cupiera ó no cupiera su edad de piedra dentro de la cronología bíblica entonces imperante, en lo que sin embargo se afanaba, que las primeras armas del hombre fueron ante todo un guijarro, luego un madero, más tarde los huesos de los animales, después los sílices labrados á tal ó cual fin (1).

En la misma página donde esto dice, se encuentran varias figuras representando toda clase de instrumentos de la edad de piedra, los que se reconocen fácilmente como de origen italiano, pues sus formas son exactamente las mismas, que hoy estudian sus prehistóricos. En esta tan interesante página 244 dice, son sus propias palabras, «que aquellos que estudian la historia, piensan que estos objetos han sido arrancados por el choque de sílices muy duros para servir en las locuras de la guerra; los hombres antiquísimos tuvieron en efecto por espadas, espadas de sílice.» Y más abajo dice, refiriéndose á los Europeos Occidentales, que no conocieron los más antiguos antecesores el hierro, y «que sus barcas, y sus casas eran fabricadas con piedras afiladas.» Esta misma edad habíala ya afirmado, como dejamos dicho, Dugdale en el siglo XVII, pero Dugdale la afirmaba tan sólo para los tiempos históricos, para el estado social de los Bretones antes de la conquista romana. Afirmación tanto más fácil de

(1) MERCATI.—*Metallototeca, opus posthumum; accessit appendix cum XIX recens inventis inconibus*.—Roma 1717 á 1719.—Página 244.

hacer cuanto que los textos abundan en los historiadores latinos para probarlo de una manera incontestable.

El gran mérito de Mercati, quien, naturalmente, aprovechaba para su demostración los textos de los antiguos geógrafos, naturalistas é historiadores griegos y latinos, consiste más que en haber dado el verdadero valor á los instrumentos de la edad de piedra, arrebatándoselos al cielo y á los rayos, en su resuelta afirmación de que dichos instrumentos corresponden á la edad ó edades que median entre Adán y Tubalcaín, inventor de los metales, según *la Biblia*, por errada que sea hoy tal afirmación. Esta afirmación ó doctrina es la que, á nuestro modo de ver, condenó el libro del Director de los museos de historia natural del Vaticano, y la causa de su desaparición, pues claro está que lo que se enseñaba con tal doctrina era que el género humano, en el supuesto (entonces dogmático) de haber tenido su centro en Asia, se había extendido ya por toda Europa antes de Tubalcaín, y como precisamente los teólogos é historiadores de su tiempo hacen de Tubal el poblador del occidente de Europa, era, con una sola plumada desautorizar centenares de obras de los más afamados teólogos de todas las edades. Quien desee ver tratada la venida á España de Tubal con toda seriedad y gran gasto de erudición, lea el primer tomo del *Diccionario geográfico* de Cortés que como se publicó en el primer tercio de este siglo, es una prueba elocuente del ningún crédito de que gozaban las conclu-

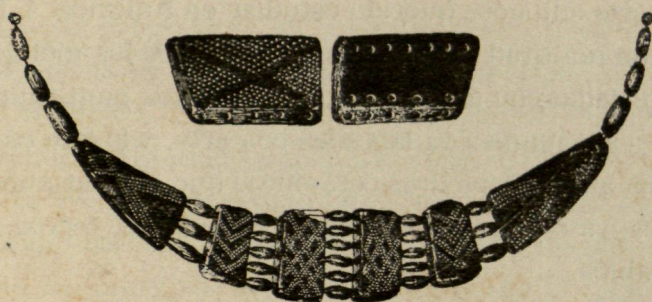


Fig. 20.—Edad neolítica (?).—Collar de azabache incrustado de oro.

siones de Mercati entre los hombres imbuidos de las antiguas doctrinas. Y cuenta que Cortés era un hombre verdaderamente sabio y gran conocedor de los clásicos griegos y latinos.

«Mientras la teología dominó las discusiones científicas en todas partes pasó lo mismo, así en Francia y en Alemania como en Italia é Inglaterra. Las disputas cronológicas, tan vivas por aquel tiempo, se circunscribían dentro de los estrechos límites que la tradición señalaba á la existencia del hombre en la tierra. Cuando La Peyrère publicó su tratado de *preadanitas*, que los Pythisos, Hulsuis, Revius, y otros ilustres desconocidos atacaron con tanto ardor, era al sexto día de la gran semana al que sólo se hacía remontar la creación de los *gentiles* anteriores á Adán. Cuando el abate Peyron, combatiendo á Scaliger y á los otros cronologistas, se puso en campaña en nombre de los *Setenta* contra *la Vulgata*, escribió todo un volumen para demostrar que la tierra tenía 1500 años más de antigüedad» (1).

¡Cuánto, sin embargo, no hubiere adelantado este ramo de las ciencias históricas sin la preocupación de los estudios clásicos que aun dura todavía! Apenas hay un historiador de la conquista de América que deje de mencionar el uso corriente de toda clase de instrumentos de piedra entre los americanos indígenas. Sin embargo, á nadie absolutamente, á ninguno de los que con tanto ardor se apoyaban en los textos clásicos se le ocurrió pedir á los escritores españoles la prueba de lo que querían demostrar acudiendo á Homero, Diodoro, Strabon, Plinio y otros autores antiguos. Nosotros veremos en su lugar la importancia del ejemplo de América, y lo mal que se hace aun hoy, hasta en el puro terreno de la ciencia prehistórica, de olvidar sus enseñanzas.

(1) HAMY.—*Obr. cit.*—Páginas 19 y 20.

Atribuimos la causa de este singular olvido á una preocupación que sólo nuestros días ha desvanecido. ¿Qué podía enseñarnos América en punto á los orígenes humanos? Lo que se pedía á los autores españoles eran indicaciones precisas y notorias de los yacimientos auríferos y argentíferos de aquel privilegiado suelo, todo lo demás era pasado por alto, nadie hizo caso de lo mucho y muy instructivo que escribieron. Hoy se les ha hecho justicia, y se ha reconocido que los que en América manejaban ora la espada y la pluma, ora el hisopo, fueron curiosos observadores de las artes y costumbres americanas, y que nos han legado un manantial inagotable de noticias con que ilustrar los primeros pasos de la humanidad en la tierra.

Cuando ya no quedó en América país para explorar y explotar, fué la Oceanía la que atrajo á los aventureros de todos los países, y lo que obligó á todos los gobiernos á enviar expediciones formales para enterarse de sus islas y continentes.

Allí se encontraron los sabios cara á cara con los verdaderos salvajes que no habían hasta entonces querido estudiar en América. Y lo mismo en Oriente que en Occidente dieron con multitud de pueblos para quienes los metales no existían, y cuyas armas eran piedras cortadas con más ó menos arte, palos puntiagudos, huesos afilados de animales, ya naturales sus puntas, ya labradas con arte, y lo que es más, usando formas en un todo parecidas á las antiguas piedras ceráunicas que aun después de la obra de Mercati y de los autores ingleses ya citados continuaban gozando del fervor popular y aun de las supersticiones de los sabios.

El sabio Jussieu llegó hasta el punto de publicar en 1723 una memoria acerca *De l'origine et de l'usage des pierres de foudre* para convencer á todos de que no había tales piedras de rayo, sino que, como lo demostraban las armas de los canadienses salvajes y otras tribus salvajes americanas y oceánicas eran evidentemente instrumentos propios de las artes de la paz y de la guerra. De lo que concluía afirmando, que en otro tiempo fué nuestro continente habitado por salvajes, á quienes la «falta de hierro,» así como «las mismas necesidades,» les impusieron «la misma industria.»

El dictámen de una tan grande eminencia científica desacreditó para siempre ante los hombres de ciencia y ante los hombres realmente ilustrados, pero «despreocupados,» como se decía en el siglo pasado, la preocupación de las ceraunias, pero lo repetimos, y no hay que olvidarlo sino se quiere perder de vista la razón de lo que se tardó en demostrar lo que ya estaba probado; aun hoy entre la gente del campo la preocupación de las ceraunias es general, y no es poco difícil recoger estas piedras, que puestas generalmente en las chimeneas, y también detrás de las puertas, preservan inútilmente del rayo, recibiendo muchos gran daño llenos de confianza en ellas, cuando la piedra diamantina del ilustre americano les guardara de seguro de todo daño, que no miente nunca la ciencia.

Jussieu hizo aun más; estudió cuantas más piedras pudo de todos los ángulos de Francia para precisarnos caracteres, llegando á conclusiones, que luego la prehistoria ha confirmado; á saber, que dichas piedras fueron fabricadas por frotamiento, y en el mismo sitio donde se hallaban muchas de ellas, siendo otras producto del comercio de la época, y esto afirmaba citando el ejemplo de lo que pasaba en las islas oceánicas, pues había pueblos que por carecer de piedra á propósito las recibían de otras islas.

Pero la verdad quedaba aún oscurecida y la rutina triunfante. Para los naturalistas, para los viajeros era ya la cosa indiscutible. Europa había pasado por un período de salvajismo,

y ese período los indios de América, y los salvajes oceánicos y africanos lo recordaban no sólo en los rasgos generales de su cultura, sino en multitud de artes é invenciones particulares, cuyas similares existían en Europa.

Goguet en su grande obra sobre los *origenes de las leyes, de las artes, y de la ciencia, y de su progreso entre los pueblos antiguos*, publicada en 1750, no solo expuso con el debido método el estado del conocimiento prehistórico de su tiempo sino que fué el primero en clasificar los materiales recogidos, sonando entonces por primera vez los nombres de las edades de piedra, bronce ó hierro que, preciso es decirlo, no causaron gran sensación en los oídos del público.

Y es que la cuestión venía complicada con otra, cual era la del origen del género humano y su dispersión por la tierra, y que esta cuestión se hacía difícil de abordar en unos tiempos en que la Inquisición todavía quemaba, y en donde tenía en todas partes á su disposición la censura.

Pero llegó el momento del conflicto, porque al progreso se le puede detener, pero no contener, y no hubo más remedio que traer á discusión la especie humana y su origen.

Todos los precursores de Darwin, desde Lamarck á Geofroy Saint-Hilaire fueron derrotados en toda la línea. Cuvier y su escuela triunfaban. El monogenismo se impuso científicamente, y quieras que no quieras, se hacía de ese monogenismo científico un puntal del monogenismo bíblico. Así en medio de los grandes trastornos políticos, se ocupaban los hombres pensadores más que de las consecuencias de éstos, de las consecuencias de la lucha entablada en la Academia francesa entre Cuvier y Geoffroy, y el gran Goethe en su lecho de muerte se irritaba cuando le daban noticias de la revolución del 1830 en vez de lo que ocurría en la Academia de París. Cuvier, lo hemos dicho, triunfó, pero Goethe al morir le pidió á Dios *más luz*, y la *luz se hizo*.

Pesáranos que lo dicho pudiera menoscabar la fama merecida del gran Cuvier. Sin sus grandes y maravillosos estudios paleontológicos, la antropología, esta ciencia que apenas cuenta veinte años de existencia, y que salió poco menos que como la antigua Minerva, entera y armada del cerebro de Broca, no existiría. Sin sus grandes trabajos sobre los restos fósiles de toda clase de animales, sin sus atrevidas reconstrucciones de los animales prehistóricos, que casi siempre han confirmado investigaciones y descubrimientos posteriores, ¿cómo podríamos hoy clasificar los restos humanos y los instrumentos de su industria de las edades terciaria y cuaternaria? Cuvier sentía aún la influencia de la educación teológica de su tiempo, y la influencia de esta escuela la veremos tan pronto aparezca en la tierra el hombre cuaternario.

Fuera preocupación ó que en realidad no pasaran por manos de Cuvier ni de sus discípulos, que manejaron millones de fósiles, fragmento humano alguno fósil, lo cierto es que se había hecho tan indiscutible la no existencia del hombre fósil, que hasta se hacía ridículo oponerse á tal afirmación, cuando la ciencia y los intereses religiosos se unían para afirmarlo. Si en esto estuvieron prudentes la que se llamaba ciencia oficial y el ultramontanismo, dígalo el resultado de su lucha contra la ciencia prehistórica. ¡Cuánto más no hubiera valido, á los mismos intereses que se querían defender, preparar los ánimos para el día en que no fuera ya posible ocultar la existencia del hombre fósil, que no encerrarse en exclusiones que tampoco había de respetar la ciencia libre!

Diremos para que no se crea tendencioso lo que decimos, que desde 1823 se tenía para el

estudio del hombre fósil el esqueleto descubierto por Ami Borré, en los aluviones de Austria, y que este esqueleto, á causa de las dichas preocupaciones, fué enviado al desván del Museo de Historia natural en donde estuvo medio siglo aguardando su resurrección.

Tal era el estado de los ánimos y de las corrientes científicas de la época, cuando un hombre apenas conocido como poeta y escritor político, colgando la lira por algun tiempo, y guardando la pluma del publicista para mejor ocasión, dió rienda suelta á su afición hereditaria por las ciencias naturales, atraído, sin duda, por lo que antes hemos indicado, por el ardor de la controversia sobre la descendencia del hombre, y sobre el hombre fósil. Este hombre era Jaime Boucher de Crévecoeur de Perthes, hijo de naturalistas, y natural de Rethel en donde nació en 1788.

Principiaron sus investigaciones en busca del hombre fósil en 1826, y como la *escuela*, para usar del lenguaje de la época, reprobaba y rechazaba toda investigación en las cavernas, Boucher de Perthes se propuso, ya que no se admitía que

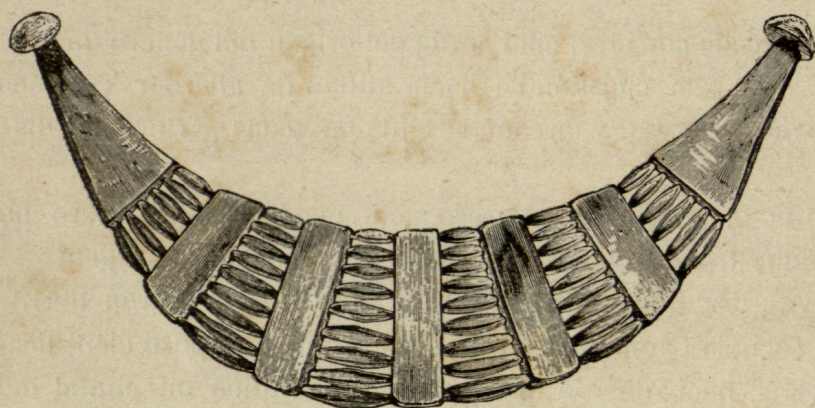


Fig. 21.—Edad neolítica (?).—Collar de azabache y marfil.

probase nada el hombre de las cavernas, encontrar en los terrenos diluviales el hombre fósil al lado de los restos de los grandes mamíferos que habían ya desaparecido para siempre del suelo europeo. La *escuela*, pues, iba á poner al espíritu moderno de la ciencia en la precisión de hallar el hombre *antidiluviano*, como resueltamente le llamó Boucher el día que dió con sus vestigios.

Boucher se planteó el problema que pretendía resolver, de una manera clara y en toda su extensión. Sabía perfectamente que la coexistencia del hombre con un animal cualquiera, podía demostrarse ó bien por los objetos de su industria que el hombre hubiese dejado en el suelo junto á los restos del animal; ó bien en las huellas que en estos hubiese dejado su acción; ó bien por haber quedado allí, á un lado, junto con los restos del animal, los suyos propios.

Tan vasto problema que era necesario resolver bajo todas sus fases para acabar de una vez con la disputa, entre los hombre de ciencia, sobre la existencia ó no existencia del hombre fósil, y el carácter y naturaleza de las *ceraunias*, hubiese arredrado á todo hombre, que no estuviera tan convencido como Boucher, de encontrar lo que buscaba y no tuviera como éste un tan grande don de paciencia y de perseverancia en el trabajo.

Año tras año se pasaron excavando las potentes masas aluviales de la Somme, y aunque no pasaban en vano, los hombres de la escuela rechazaban los sílices que en ellas encontraba Boucher á causa de que su labrado era poco notorio para ellos, que unánimemente reputaban como cantos rodados de formas más ó menos singulares ó parecidas á las de varios utensilios de que siempre ha hecho uso el hombre en sus trabajos manuales.

Pero llegó un día, y este lo fué del año 1836, que vino á manos de Boucher una hacha en la que no era posible negar la acción de la mano del hombre. Los anticuarios todos fueron de su opinión, aquella hacha había sido cortada por la mano del hombre. Pero ¿era antigua ó reciente? ¿Procedía en realidad de un depósito diluvial? Este depósito, ¿no había sufrido

variación ninguna cualquiera que fuera su causa? Junto á la hacha, ó en el mismo depósito ¿se habían hallado ó encontrado restos de animales desaparecidos de nuestro continente? A todo esto era necesario responder para que los hombres de la escuela se rindieran ante la evidencia de los hechos.

Sí, Boucher estaba convencido de encontrar la solución que buscaba antes de emprender sus tareas de investigador incansable, los descubrimientos realizados le daban ya la convicción de haber hallado las pruebas tan anheladas, y así sin esperar nuevos hallazgos más concluyentes, se lanzó á escribir una obra voluminosa, en cinco tomos-1839-1841,-que por lo atrevido de sus conclusiones y por la escasa demostración ó prueba de la misma le ganaron pocos partidarios, y lo que es peor, le relegaron entre los hombres superficiales que hacen de sus fantasías reglas de conducta de la humanidad. Esta obra tenía nada menos que este terrorífico título: *De la creación; ensayo sobre el origen y progresión de los seres*.

Lejos de descorazonar al autor su escaso éxito, continuó impávido sus investigaciones, y como la fe acaba por encontrar siempre lo que busca, Boucher acabó por dar con las canteras de Abbeville, que para su constancia guardaba el más preciado tesoro. Fruto de estos hallazgos fueron sus memorias sobre la *Industria primitiva ó las artes y su origen*, publicada en 1846, y la obra que decididamente fijó la atención en Boucher de Perthes titulada: *Antigüedades célticas y antediluvianas*, que vió la luz en 1847, y cuyas láminas hablaban, como suele decirse, por sí solas. Pero las preocupaciones eran aún tan potentes y por otra parte Boucher no había aún puesto la mano sobre el más insignificante vestigio humano, que el arqueólogo de Abbeville si se ganó con sus *Antigüedades célticas y antediluvianas* la consideración que su anterior obra le había hecho perder, no encontró en cambio la adhesión que él creía merecer. Boucher había olvidado que su problema tenía aún una incógnita por resolver, y que esta incógnita era la más difícil de penetrar, la del hombre fósil. Y como las corrientes científicas iban de este lado y no del lado de la arqueología, se dejaba á los arqueólogos su hombre antediluviano que la zoología declaraba no haberse descubierto en parte alguna.

Pero llegó el año 1863 y tras 37 años de trabajos incesantes, la cantera de Moulin-Quignon puso en el mes de Marzo en manos de un obrero un diente humano, junto con un fragmento de hueso humano, y el todo mezclado con varias hachas de sílice evidentemente cortadas por la mano del hombre. Cuán grande fuera la alegría del ilustre anciano que á los 75 años de edad y tras cuarenta de incesantes trabajos veía resuelto en toda su extensión el problema, es más fácil de concebir que de pintar. Es este momento sublime en que suena el *eureka* del

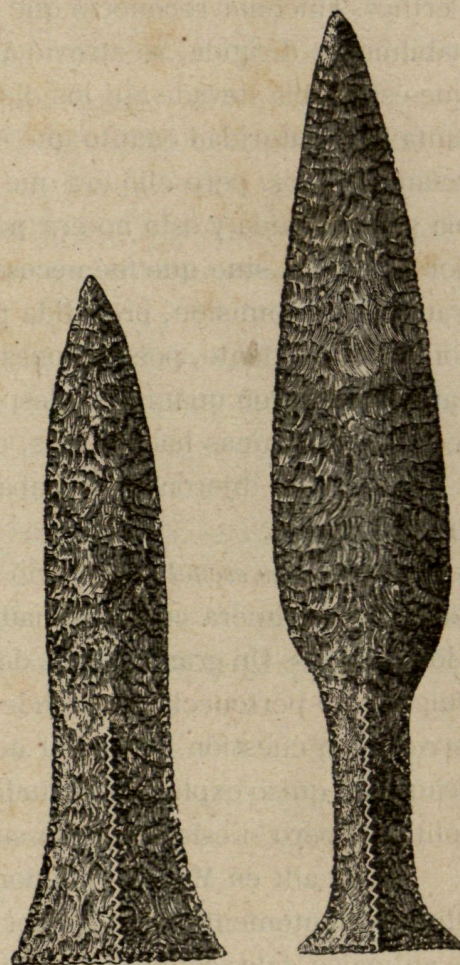


Fig. 22.—Edad neolítica.—Cuchillos ó puñales escandinavos.

sabio griego, es el momento del *tierra* de los navegantes que ya se consideraban perdidos para siempre en las inmensas soledades del Océano.

Boucher tenía en su mano las pruebas del hombre fósil, pero menos afortunado que sus antecesores, cuyas pruebas materiales no se discutieron, Boucher encontró entonces la más viva contradicción que imaginar se pueda. Nada significaba que delante de testigos autorizados hubiese arrancado de la grava de Moulin-Quignon una mandíbula humana que, por su configuración, parecía proceder de otra raza que la nuestra, las dudas, los recelos no se desvanecieron, y aun se difundieron por todas partes, dado que de todas partes habían acudido personas competentes para juzgar de la exactitud de los descubrimientos de Boucher de Perthes. Falconer reconoció que allí nada había inventado, porque la malicia, que obraba habilmente dirigida, se atrevió á dudar de la buena fe de un anciano de 75 años, y supuso que éste había llevado allí los dichos restos humanos; pero Falconer disipó la calumnia, con tanta más autoridad cuanto que no se dió por convencido de lo que tocaban sus manos y veían sus ojos, pero ello era que la mandíbula tenía adherida parte del terreno de donde había sido extraída y esto no era posible negarlo ni ponerlo en duda. Pero no bastó lo dicho por Falconer, sino que fué necesario una comisión internacional para resolver si había ó no fraude; esta comisión, presidida por Milne-Edwards, contaba como miembros á un hombre como su presidente, poco dispuestos en favor de las teorías de Boucher, y todos ellos sin embargo declararon unánimes, después de haber examinado las célebres canteras de donde se recogieron algunas hachas más, que allí no había habido fraude ni engaño de ninguna clase, y los que esto dijeron se llamaban Quatrefages, Lartet, Gaudry, Busch, Carpenter, Falconer Prestwich, etc.

Entonces la *escuela* promovió una nueva discusión; ¿el terreno en cuestión pertenecía al *diluvium*? La primera comisión nada dijo. La tarea de resolver este punto quedó encomendada á los geólogos. Un gran nombre de la *escuela* declaró que el terreno de las canteras de Moulin-Quignon no pertenecía al verdadero diluvio, pero Lyell se declaró por la autenticidad de los terrenos en cuestión, y á Lyell no era fácil que nadie le desautorizara. Mas adelante Elías de Beaumont quiso explicar sus dudas por las pasiones científicas no menos extremadas que las políticas, pero si esto honra su sinceridad, la verdad no por esto resultó menos perjudicada.

En fin allí en Moulin-Quignon se hallaron revueltos huesos humanos, con hachas de sílice evidentemente cortadas por la mano del hombre, y todo ello junto con huesos fósiles de animales, tales como el mammoth, el león, el rinoceronte y el hipopótamo cuya existencia en nuestro suelo no se había hasta entonces ni siquiera sospechado.

Pero, de la misma manera que al otro día de haber hallado Colón la isla española, surgían, como por arte de encantamiento, de todos lados tierras y más tierras, así tan pronto se declararon auténticos los descubrimientos de Moulin-Quignon surgieron de todas partes pruebas irrecusables de lo que con tanta pena había tenido que sostener Boucher durante tantos años contra la indiferencia de los unos y la mala voluntad de los otros. La verdad triunfaba después de tantas y tantas contradicciones:—«Pero no tenemos porque sorprendernos de ello; el espíritu humano es hecho así, no se familiariza fácilmente con hechos nuevos, con ideas opuestas á una larga y constante tradición. Los hombres más distinguidos apenas si pueden romper con las preocupaciones de su educación, ó con las preocupaciones todavía más grandes de los sistemas que ellos se han creado, y las palabras de nuestro gran fabulista serán eternamente ciertas:

*L'homme est de Glace aux vérités,
Il est de feu pour le mensogne» (1).*

El hombre fósil se había encontrado y Cuvier había quedado derrotado. Cuvier lo ha sido nuevamente más tarde, pues también había afirmado que no se encontrarían jamás esqueletos fósiles de monos, y estos han aparecido ya por todas partes, hasta en Europa, pues M. Gaudry los encontró en la misma Grecia. En vista de todo esto ¿no podemos decir que también llegará el día en que se descubrirá el hombre fósil primitivo que hoy día se pide á Haeckel como demostración de su teoría de la descendencia, con la misma insistencia y hasta insolencia con que se pedía á Lamarck, Geoffroy Saint-Hilaire y Boucher de Perthes, el menor rastro del hombre fósil de los tiempos antiguos?

Lejos estamos ahora de negar que la exaltación producida por tantos y tantos descubrimientos como venían á probar la antigüedad del hombre, diera lugar á exageraciones sensibles por parte de la nueva escuela, pues obrando, en justas represalias, podríamos decir, si no se tratase de los fueros de la verdad, que se negaba á oír toda censura ó advertencia, tratando de preocupados, de espíritus limitados y mezquinos, de hombres de cortos alcances, á los hombres eminentes y prudentes que no querían marchar sino sobre terreno firme y bien asegurado.

Por este mismo tiempo Darwin aparecía con su libro sobre el *Origen de las especies*, y á esta obra seguía la *Descendencia del hombre*, que impuso á todos el gran respeto que aun hoy rodea la tumba y la memoria del más grande de los naturalistas antiguos y modernos, y aquí nos parece que no viene fuera de propósito la observación de que Darwin fué enterrado en la Abadía de Westminster con todo el ceremonial religioso propio de la iglesia anglicana en la que había nacido, sin que para merecer la intervención del clero hubiese hecho antes de morir acto alguno que significara abdicación de sus ideas, las cuales, al decir de los intransigentes, le habían separado no sólo de la iglesia anglicana sino de la gran comunidad de los hombres que creen en Dios.

Cualesquiera que sean las reservas que algunos ó muchos puntos de detalle, de lo que se llama el darwinismo ó evolucionismo merezcan, hoy el transformismo más ó menos radicalmente explicado, impera en todas las escuelas, y ya es hasta de mal gusto llamar materialista á los transformistas. De lo que hoy se trata es de purificar la doctrina, y á esta tarea se han consagrado grandes inteligencias, á cuyo frente está Haeckel, para quien profesaba Darwin verdadera y justificada admiración. Aquí no podemos ni debemos entrar, ni siquiera de soslayo, en la exposición de las doctrinas haeckelianas, para demostrar en lo que están en desacuerdo con las del gran naturalista inglés, sin embargo debemos decir que por importantes que sean las rectificaciones hechas por el naturalista alemán, éstas, lejos de alterar el concepto fundamental de la teoría darwiniana, no han hecho más que robustecerlo corrigiendo errores que el profundo saber de Darwin había ya presentido. Lo que Haeckel hace con el darwinismo ó doctrina de la evolución, hacen otros naturalistas alemanes, franceses é ingleses, y como veremos en el próximo capítulo, un hombre eminente, juez de los descubrimientos de Moulin-Quignon, ha llevado ya la teoría al terreno de la prehistoria, que para el caso es llevarlo al de la misma historia primitiva del hombre, y que esto se ha hecho por los hombres prudentes y por los que primero se habían presentado como adversarios más

(1) MARQUÉS DE NADAILLAC.—*Les premiers hommes et les temps préhistoriques*.—Tomo 22.—Páginas 123 y 124.

resueltos del evolucionismo, lo que indudablemente tiene gran significación, pues resulta vindicado lo mismo el evolucionismo que la prehistoria de la necia acusación de atacar los fundamentos del orden social y moral humanos.

Hablamos de esto que podrá parecer extraño á nuestro objeto para contestar una objeción que se hace á la prehistoria, precisamente apoyándose en supuestos, que de confirmarse probarían todo lo contrario de lo que quieren probar sus verdaderos autores.

Si el hombre, dicen, es un mono perfeccionado ¿por qué no habrán sido los monos antecesores del hombre los que habrán cortado estos sílices? Con esta objeción creíase echar á bajo todo el edificio con tantas penas y trabajos levantado por Boucher de Perthes. Esta objeción ha hecho morir de risa durante mucho tiempo á los adversarios del transformismo y de la prehistoria, tan grande era su satisfacción al poder dar con un argumento científico con que destruir la antigüedad del hombre.

Por desgracia esta objeción no se previó que podía volverse contra los que la formulaban, pues los transformistas no tenían porque negar la posibilidad de que los antecesores del hombre hubiesen sabido ya cortar sílices si se les concedían los millares de años, ó centenares de millares de años que son necesarios para explicar estas y otras transformaciones, y que la ciencia reivindica por todos lados.

Hoy los transformistas más pacatos y prudentes, como dice la *nueva escuela*, los que aun hablan del *plan del Ser infinito*, como con sarcástica burla dicen los radicales, los que tanto tiempo pusieron en admitir la autenticidad y trascendencia de los descubrimientos de Boucher de Perthes, dicen sin vacilación ni miedo, si los sílices del periodo terciario han sido en realidad cortados, es decir, labrados, nuestra opinion es que lo han sido por el *Dryopithecus*.

